

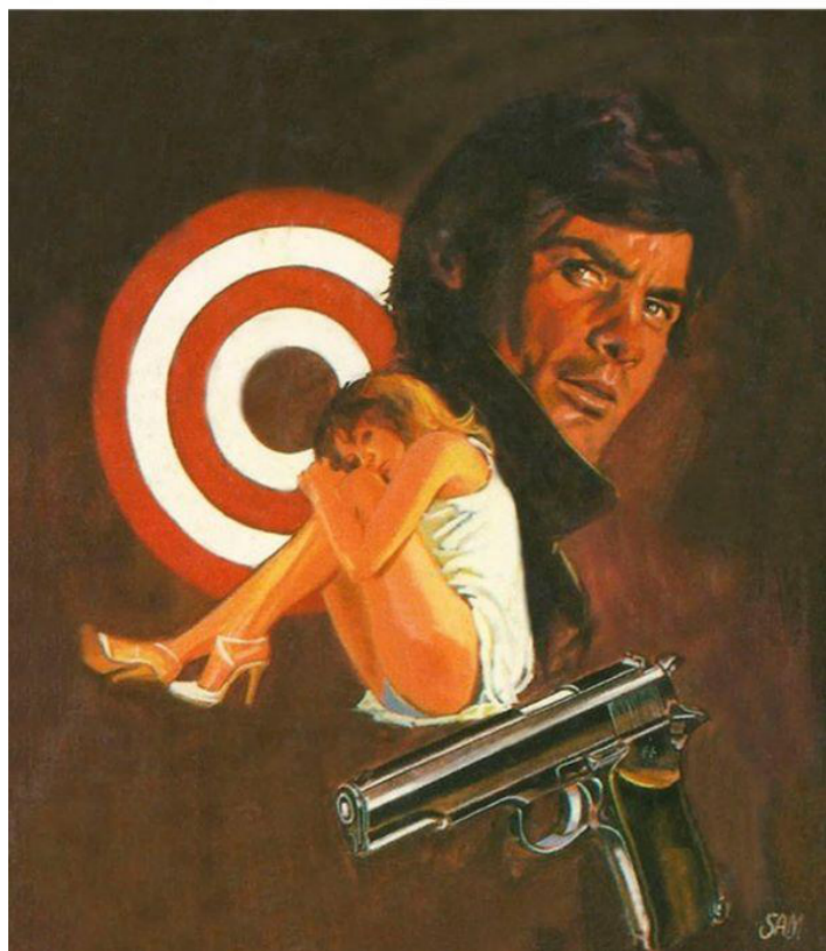
BOX LIBROS BALBUENA

PUNTO

ROJO

MI PISTOLA, MI CHICA Y YO

Clark Carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**MI PISTOLA,
MI CHICA Y YO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 858
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.153 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1978

© Clark Carrados - 1978
texto

© Jorge Sempere - 1978
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.605 — El último encuentro.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.466 — El escudo del asesino.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

845 — Duelo por una rubia difunta.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

El nombre de este servidor de ustedes es Jerry Tyne, el As de los Ases, el Infalible, el Ojo Mágico y todo lo que ustedes le quieran echar. Cuando desenfundo mí «Colt» y disparo, la bala da indefectiblemente en el blanco, sea lo que sea: el cuello de una botella a veinticinco pasos, una moneda al aire, los botones de metal de la chaqueta de una persona situada de perfil... Soy, era, mejor dicho, hasta hace poco, uno de los números más sensacionales del Colorado Circus, hasta que, de repente, el dueño, y también cajero, naturalmente, huyó con todos los fondos, y una hermosa pero estúpida rubia, abandonándonos a cuantos componíamos la *troupe*, incluso a su esposa.

Personalmente, creo que el hombre huyó, no tanto por haber enloquecido por la rubia guapa y tonta, como por dejar a su mujer para siempre, una persona inaguantable donde las haya, con una verborrea tal, que se decía tenía rodamientos de bolas en la lengua, con lo que así evitaba el cansancio que debía producirle el hablar más que un locutor en día de partido importante. Para ella, todos los días, desde el amanecer hasta la hora de irse a la cama, eran «un partido importante».

El caso es que el hombre se largó con la «pasta», dejando colgado a todo el mundo. Y como, legalmente, la dueña era su mujer, ella decidió liquidar el circo y vender todo, con lo que los que componíamos la *troupe* nos quedamos de repente, así, en la calle.

Yo lo lamenté muchísimo, porque unas semanas antes había rechazado una excelente oferta del Ringling. No era que el mejor circo del mundo me ofreciese poco dinero; sucedió que mi *partenaire* se negó a acompañarme. Y así, claro, me quedé en aquel infecto Colorado Circus, que estaba ya abocado a la catástrofe, aunque, por supuesto, lo ignorábamos entonces. Sí sabíamos de la

predilección del dueño por la rubia guapa y boba, pero nunca pudimos imaginarnos que la cosa pasara de unas citas furtivas, buscando siempre el descuido de la parlanchina esposa.

El nombre de la chica es Iris Dolan. Por ella me quedé en el circo y fui a la catástrofe financiera. Porque yo estaba enamorado de Iris, y ella no me correspondía. Sin embargo, con la tozudez propia de los enamorados, yo esperaba siempre que ella, un día, acabase por reflexionar y volviese los ojos hacia mí, dejando para siempre al guapo pero idiota de nacimiento Artie Kibble, portor de los trapezistas del circo. Es preciso reconocer que Kibble parecía un héroe de cómic o de película de aventuras espaciales: ni *Flash* Gordon resultaba tan apuesto. Era alto, rubio, de ojos muy azules, fornido, pero no estallando de músculos por todas partes, lo que hace repulsivos a los atletas... En fin, todo un Apolo.

Y la chica estaba loca por él. Y yo por la chica. Iris era, es, algo imposible de describir. Tiene el cabello castaño y los ojos claros, una silueta escultural y una expresión dulce y amable y es buena y cariñosa de nacimiento. Nunca la vi tener miedo cuando se situaba en su sitio, con un cigarrillo en la boca, para que yo se lo quitase a tiros —oigan, balas auténticas, no de guardarropía—, o cuando arrancaba a balazos los botones dorados de una chaquetilla de uniforme, debajo de la cual llevaba, no faltaría más, un precioso sujetador con los colores de la bandera USA. Era un numerito que arrancaba aplausos entusiastas de la muchedumbre.

Y todo se fue al diablo por un tipo que se largó con la caja y la rubia. Ése sí que hubiera podido decir: «Mí “pasta”, mi rubia y yo». ¿O quizá lo dijo?

El caso es que el circo se ha disuelto hace algunas semanas y los pocos cientos de dólares que yo tenía ahorrados están a punto de agotarse. Por fortuna, se me acaba de ofrecer un buen empleo en cierta compañía dedicada al transporte de caudales. De algo debería servirme mi buena puntería, digo yo.

Porque ya no puedo irme al Ringling y, además, Iris se ha quedado en la misma ciudad, con Artie Kibble. Al despedirse, me dijo que iban a casarse muy pronto. En cambio, no supo decirme en qué pensaba trabajar el Apolo. Sólo mencionó algo de un buen empleo, estable y seguro, lo que les permitiría vivir en una casita, en las afueras, y dejar para siempre la vida errabunda del circo. Iris

me dio un beso, me deseó buena suerte y salió de mi vida. Para siempre, pensé amargamente, al verla marcharse.

Y así han ido transcurriendo los días, hasta que vinieron a buscarme de esa compañía de transporte de dinero, porque necesitaban tipos con buena puntería. Me ofrecieron un sueldo excelente y como mis fondos estaban acercándose peligrosamente al número cero, acepté de inmediato.

Naturalmente, visto de uniforme, pero es una ropa discreta, nada aparatosa. Han querido proporcionarme el armamento, pero yo dije que prefería utilizar mi viejo «Colt», de cañón largo y calibre 38, hecho especialmente en la fábrica para mí. Sin falsa modestia, podría acertar a una mosca en la nariz de un tipo a quince pasos de distancia. Y si un día tengo que enfrentarme con algún malhechor, le daré mucho que sentir.

En las primeras semanas, he hecho algunos viajes rutinarios. Luego, mis jefes, conociendo mis aptitudes, han decidido encomendarme la protección de sumas de verdadera importancia. Durante casi un mes, he transportado ya una cantidad de millones que da vértigo.

Mi conductor se llama Roger Smith y es un auténtico veterano. Normalmente, vamos los dos solos. Cuando llegamos a destino, él se apea, va a la parte trasera del furgón blindado, abre, saca las bolsas con el dinero y lo entra en el Banco. Yo, a pocos pasos de distancia, la mano derecha en la pistola, vigilo atentamente la operación, siguiéndole en todos sus movimientos como si fuese su propia sombra.

De pronto, cuando menos lo esperamos, se produce el asalto.

Bueno, a decir verdad, siempre esperamos un atraco en cualquier momento. Pero esta vez nos sorprende un poco.

Cuando ya tenemos abierto el furgón, un tipo se me acerca por detrás y me planta algo en los riñones, diciéndome que no me mueva, que es un atraco y que piense en mi mujer y mis hijos. Vamos, el rollo de siempre.

Al mismo tiempo, salen dos tipos del Banco y corren hacia nosotros. Uno de ellos, me quedo pasmado, es nada menos que Artie Kibble.

—¡Fuera, apártense! —grita el Apolo.

Smith retrocede unos pasos. Un coche negro, largo, se nos

acerca, rodando silenciosamente. Yo vacilo. El que me amenaza hace presión con su pistola.

De pronto, lo veo todo rojo. ¿Y ése es el hombre del que se enamoró Iris?

Súbitamente, salto a un lado. Grito:

—¡Roger, al suelo!

Mi conductor no me hace de rogar. Los atracadores se desconciertan. Giro en redondo, agachándome al mismo tiempo. El que me encañonaba dispara, pero su bala pasa rozando mi hombro izquierdo. Aprieto el gatillo. La bala le alcanza en el mentón y sale por la nuca. Salta convulsivamente y cae.

Me lanzo de costado. Dos balas arrancan chispas del asfalto, justo en el sitio que acabo de abandonar. Mientras caigo, vuelvo a girar. El Apolo, lleno de pánico, corre hacia el coche negro. Pero hay otro tipo, que ya tiene en la mano una saca llena de dinero, que va a disparar contra mí. Sin vacilar, le meto dos balas en las tripas. Extiende los brazos, suelta la bolsa, manotea desesperadamente y cae.

Kibble está entrando en el coche, como si se lanzara de cabeza a una piscina. Es evidente que no esperaba encontrarse conmigo. Conoce mi puntería y en cuanto ha visto que estoy dispuesto a darle gusto al dedo, ha salido por pies. Pero no quiero que se vaya, quiero que Iris sepa bien qué clase de sujeto es el hombre del que está enamorada. Apunto al hombro izquierdo y le alcanzo. Kibble cae revolcándose en el asiento posterior. No sé si es por efectos del balazo o porque el conductor, dándose cuenta de que lo tiene todo perdido, arranca como si le hubieran dado la salida en las 500 millas de Indianápolis. Apunto a una de las ruedas traseras; pero en ese momento, inoportunamente, se me cruza un coche ajeno al asunto y refreno la tensión de mi índice. Kibble y su conductor consiguen escapar.

Me levanto. Todavía en el suelo, Smith me mira pasmado.

Está pálido, aunque se mantiene sereno.

—Eres un diablo —dice.

—¿Estás herido? —pregunto, en medio del jaleo que se organiza en casos así.

—No, gracias a Dios —contesta fervorosamente.

Los atracadores están caídos en el suelo. Me acerco al que trató

de inmovilizarme. A ése ya le están haciendo el examen en el más allá. Seguramente, le darán un par de cuernos, rabo y un tridente.

El otro está sentado en el suelo, apoyado en el estribo posterior del furgón. Jadea penosamente. Babea sangre. Sus ojos están extraviados. No pasará de la noche.

Llega, atronando el aire con su sirena, un coche de patrulla. Otro se acerca en dirección opuesta.

—El dinero, Roger —le recuerdo.

Smith se ha repuesto ya. Intervienen los policías. Empiezan a despejar la calle. Lo crean o no, hemos salvado novecientos ochenta y dos mil dólares.

¿Acaso quería Kibble, con su parte del botín, comprar la casita en las afueras, en la que iban a vivir Iris y él?

Bueno, el caso es que me he convertido en una especie de héroe. Un atraco frustrado, dos ladrones al cementerio, salvada una importante suma... Después de, naturalmente, declarar en Jefatura lo que vi y, como es lógico, haber identificado a Arthur Kibble, mis jefes me han felicitado efusivamente y me han concedido cinco mil dólares de premio, además de una semana de vacaciones para que me reponga de las emociones sufridas. A Roger sólo le han dado la semana de permiso.

Pero yo le he dado la mitad de la recompensa. El no quería aceptarla. Sin embargo, le he obligado a ceder. Cuando obedeció instantáneamente mi orden de tirarse al suelo, me dejó el campo libre para hacer fuego sin temor a herirle. Además, yo no tengo que mantener esposa y tres hijos. Y, qué diablos, ha pasado tanto miedo como yo. Sí, digo bien, miedo, porque no es lo mismo disparar un arma en esas condiciones que en el circo, con toda tranquilidad y sin que el blanco se mueva ni te apunte con una pistola cargada.

Para mí, la satisfacción no ha sido tanta. He podido apreciar que Iris sigue enamorada de alguien que no se lo merece. No, Kibble no fue nunca otra cosa que un chico guapo. Puesto que no sabía hacer otra cosa, buscó la salida mejor y más fácil: robar. ¿Qué será ahora de ella? En tantas semanas, no he vuelto a tener noticias suyas...

Lo mejor será quitármela de la cabeza. Hay un procedimiento muy sencillo: el del clavo que saca otro clavo.

Yo resido en un bloque de apartamentos, sencillos, pero modernos y bien acondicionados. La renta no es demasiado elevada

y una mujer viene todos los días a hacer la limpieza y a ocuparse del lavado de la ropa, Por la noche de ese día, después de haber terminado con todos los jaleos, decido divertirme un poco. Si no consigo quitarme a Iris de la cabeza, estoy perdido.

Me visto discretamente: *pullover* fino de cuello alto, cazadora clara y pantalones tejanos. Naturalmente, la pistola queda en casa.

Ceno en un restaurante próximo. Cerca de mi veo a una rubia despampanante. Lleva un anillo de casada, pero está sola. El escote es muy prometedor. La cintura es delgada y las caderas amplias, sólidas, aunque no abundantes en adiposidades.

Terminamos casi al mismo tiempo. Ella saca un cigarrillo y se lo pone en los labios. Busca en su bolso. No debe de llevar fósforos. O hace como que no tiene. Yo me levanto y acerco el encendedor.

—Si me permite...

Ella aspiró el humo.

—Gracias —dice.

—Me llamo Jerry Tyne —me presento.

—Ruth Bedloe —sonríe ella—. A usted le conozco yo —añade.

—¿Sí?

—Le he visto esta tarde, en el noticiero televisado. Usted es el tipo que derribó a dos atracadores.

—Tuve suerte, simplemente —contesto—. ¿Puedo sentarme, Ruth?

—Claro, Jerry.

Enciendo un cigarrillo.

—¿Estás sola?

—Así es.

—¿Y tu marido? —Señalo el anillo.

Ruth se echa a reír.

—Murió en Corea —responde.

Yo también río. Es una mentira como una casa, claro, pero, al mismo tiempo, es también una respuesta significativa.

—Me gustaría tomar una copa en otro sitio —propongo.

Ruth entorna los ojos.

—Mi apartamento está a dos manzanas —indica.

—Muy bien. Compraré una botella por el camino...

—No hace falta, Jerry.

—Es que quiero que sea champaña. Para celebrar nuestro

encuentro, naturalmente.

—Bueno, pues que sea de champaña.

Más tarde, tras media botella de champaña, compruebo que la piel de Ruth es tersa y suave como la del melocotón maduro. Los senos son redondos, duros, y los pezones se yerguen rígidos a mis caricias. Ella suspira y gime y se retuerce como una posesa. Y yo..., yo me hundo en la infinita voluptuosidad de aquel cuerpo ardiente y sensual, y así logro olvidar a Iris.

Al menos, por una noche.

CAPÍTULO II

Cuando llego a casa, bien entrada la mañana, me encuentro un espectáculo indescriptible. Sara, la mujer que se encarga de la limpieza, está que muere.

—¡Bonita juerga la de esta noche! ¿Eh? ¿Lo ha pasado bien el caballero con sus amigotes? ¿O se trajo aquí a un par de fulanas, porque con una sola no tendrías bastante?

Yo me quedo pasmado. Parece que haya pasado un ciclón por la casa.

—Pero, Sara, acabo de llegar... —exclamo—. No he dormido aquí.

Sara es de mediana edad, todavía no es vieja, pero gruñona, aunque una excelente persona, a pesar de sus continuos bufidos. Lo que he dicho la deja atónita.

—¿Cómo? ¿Qué viene ahora...? Yo creí que habría salido a despejarse la borrachera en el parque...

—Nada de eso —contesto—. Acabo de llegar. He estado divirtiéndome, lo admito, pero en otro sitio.

—Pues, entonces, ¿qué ha pasado aquí?

Arrugo el ceño. Alguien ha entrado en la casa y revuelvo todo hasta límites que no se creerían, de no estarlo viendo. Incluso han reventado la pantalla del televisor, para buscar... ¿qué?

De pronto, me acuerdo de mi pistola. ¿Habrán dado con ella?

Menos mal que soy un tipo precavido. Esta clase de apartamentos son muy bonitos, pero tienen las puertas de papel. No me robarían gran cosa, aunque no me gustaría que se llevasen lo que tiene más valor para mí: la pistola con la que me ganaba la vida. Por eso la escondo siempre bien, cuando termino mi horario de trabajo.

Junto a la entrada, hay un gran tiesto, con una planta de interior. La tierra está revuelta. Sin embargo, no se han fijado en la

base, que es desmontable. Basta inclinar un poco el tiesto y deslizar la base, para que aparezca el revólver, cuidadosamente envuelto en una funda impermeable.

Bueno, no se han llevado el arma. Entonces, ¿qué buscaban?

Sara continúa arreglando la casa.

—Ahí tiene el periódico, por si quiere leerlo —indica.

Todavía desconcertado, abro el diario. A los pocos momentos, me quedo helado. No puedo creer en lo que estoy leyendo.

Iris se presentó anoche en el departamento de policía y declaró que mi testimonio sobre Kibble era falso. Ella y Artie habían pasado la noche juntos y estuvieron en su apartamento hasta las cuatro de la tarde. Artie había tenido que salir de viaje urgentemente, aunque no podía afirmar el lugar al que se dirigía, porque no se lo había dicho. Sin embargo, confiaba en que volviese pronto, para presentarse a la justicia y probar así su inocencia en el caso.

Arrugo el periódico furiosamente. Iris miente. Kibble era uno de los atracadores. Un tipo con mi puntería tiene una vista magnífica... y una memoria fotográfica. De lo contrario, si tiene que trabajar en un circo, irá detrás de los elefantes, con la escoba en una mano y el recogedor en la otra.

De pronto, Sara lanza un grito:

—¡Eh, ya sé lo que buscaban esos tipos!

Corro hacia ella. Sara me enseña la agenda de direcciones. Hay una hoja arrancada, se ve claramente.

Esa hoja corresponde a la letra D. D, de Dolan, Iris. A los pocos días de separarnos, ella me llamó —a fin de cuentas, no podía olvidar que habíamos trabajado juntos casi dos años—, y me dio su teléfono y sus señas. ¿Por qué han arrancado «precisamente» esa hoja?

En pocos segundos, tomo una decisión:

—Sara, me marchó —digo.

No es mi costumbre, pero tal como están las cosas lo mejor será llevarme mi fiel «Colt». A saber qué puede pasar, me digo. Y, a fin de cuentas, puedo llevarlo con toda legalidad, ya que dispongo de la licencia correspondiente.

Mi coche está en el aparcamiento del edificio. Arranco, salgo y me encamino hacia la casa de Iris.

Ella vive en un edificio de buen aspecto, pero vulgar. Una casa

de veinte plantas, como hay muchas. Estaciono el coche en las inmediaciones, camino unos pasos y entro. Cinco minutos más tarde, observo que nadie contesta a mis llamadas en la puerta de su apartamento.

Desciendo al vestíbulo y busco al conserje.

—Iris Dolan —digo.

El hombre me mira impertinentemente.

—¿Policía?

—No, papá Noel.

Le enseño un billete de veinte dólares. Su mano se alarga hacia el papelito verdoso, pero lo retiro a tiempo.

—Iris Dolan —repito.

—Lo siento, se marchó anoche.

—¿Hora?

—Once de la noche.

—Usted no estaría, son más de las once de la mañana.

—Mi compañero me pidió le sustituyera unas horas. Su mujer está enferma, ¿sabe?

De nuevo quiere apoderarse del billete, pero resisto sus ávidas peticiones.

—¿Dijo adónde iba?

—No, pero sé que ha dejado su apartamento. Llevaba una maleta en la mano.

Aprieto los labios. Me dan ganas de gritar de rabia. ¿En qué lío se ha metido Iris tan estúpidamente? ¿Acaso se ha cegado hasta el extremo de proteger a Kibble de forma disparatada?

—¿Iba sola?

—No estoy seguro... Salió del ascensor con otro hombre, pero parecían ir separados...

—¿Conocía a ese individuo? ¿Vive en la casa?

—No.

—Está bien. Dígame si recuerda algún detalle del tipo. —Yo pienso en la posibilidad de que Iris saliese amenazada, pero con el fulano que la intimidaba a prudente distancia, para no levantar sospechas.

—Pues... —El conserje vacila un instante, pero recobra el hilo casi en seguida—. Era más o menos como usted, pero tenía el pelo muy crespo.

—¿Raza negra?

—Piel atezada, pero no demasiado oscura. Un poco chato, eso sí recuerdo.

—¿Algo más?

—Había un coche en la puerta, con un tipo al volante. A éste sólo le vi las manos. Oiga, parecían las de un fantasma, de tan blancas...

Dejo que el billete vuele de mis dedos. Salgo a la calle. Empiezo a pensar que Iris no se ha ido por su propia voluntad. Pero, quizá, tampoco, haya discutido demasiado las indicaciones de los amigos de Kibble. Ha mentido al declarar que Kibble no tomó parte en el atraco y ahora sabe debe esconderse.

Por todos los diablos, ¿dónde está?

Al atardecer, regreso a casa.

Me siento cansado. He hecho indagaciones aquí y allá, pero me parece que sigo un camino erróneo. Nadie sabe decirme algo positivo. Maldita sea, si el dueño del circo no se hubiese fugado con la rubia tonta... Ahora, Iris y yo seguiríamos haciendo nuestro número y, tarde o temprano, se habría dado cuenta de la absoluta vaciedad de su Apolo, tan inútil, que ni siquiera sirve para atracar Bancos.

Lo peor de todo es que puede perderse por él para siempre.

Voy al baño y me doy una buena ducha. El día ha sido caluroso. Al salir, vestido solo con una bata corta, saco una cerveza de la nevera. Me siento en el diván, pongo los pies sobre una mesita y agarro el mando a distancia del televisor. Apenas lo he encendido, suena el timbre de la puerta.

Me levanto como un rayo. Pero mis esperanzas se difuminan en el acto. No, no es Iris.

En cambio, sin haberlos visto jamás, reconozco a los dos tipos, el del pelo crespo y el de las manos de fantasma. Inmediatamente, les doy un apodo: Ricitos y Manitas. Bien, oigamos lo que quieren.

—Usted es Tyne —dice el del pelo crespo.

—Desde que nací, amigo —contesto alegremente—. Pasen, pasen, les estaba aguardando. ¿Quieren una cerveza? Hace bastante calor, ¿eh?

Los dos tipos se quedan desconcertados. El de las manos blandas, de fantasma, me mira de muy mala manera. Pienso que es

el más peligroso de los dos. Debe de saber utilizar muy bien las armas. Sus manos son muy cuidadas, como de pianista famoso.

—No hemos venido a beber —gruñe Ricitos.

—Sólo queremos decirle que olvide para siempre a Iris Dolan —añade el otro.

Yo cierro la puerta tranquilamente.

—Vaya, con que era eso —murmuro.

—Sí, y ya lo ha oído, de modo que no vuelva a meter su asquerosa nariz donde no debe o se la encontrará llena de mierda —amenaza Ricitos.

—Muy bien, no meteré la nariz donde no debo. En cambio...

Están tranquilos, desprevenidos, fiados en su superioridad no sólo numérica, sino psíquica. Son tipos habituados a amenazar a la gente, acostumbrados a que las personas se «arruguen» ante ellos. Entonces, de súbito, muevo el brazo derecho de revés, rígido, como si fuese un garrote, y estrello los nudillos contra la cara del de las manos de fantasma.

Manitas salta hacia atrás. Ruge, con la nariz chafada y sanguinolenta. Ricitos se arroja sobre mí. Le planto dos dedos en los ojos y empieza a dar botes, con las manos en la cara. Alzo el pie derecho y lo derribo de una patada en los testículos. Se convulsiona un instante como si padeciese de tétanos y luego se queda quieto.

Manitas anda de aquí para allá, sin saber qué hacer, aturdido por el golpazo. Yo le agarro con una mano por la nuca y con la otra retuerzo su muñeca derecha. Al apretar, noto un bulto bajo la manga de su chaqueta, pero no hago demasiado caso.

—¿Dónde está? —pregunto.

Manitas jadea, gruñe, se ahoga. Aprieto más. Noto que sus huesos están a punto de saltar. Manitas solloza y dobla las rodillas.

—Basta, basta... Se lo diré...

—Muy bien, suéltalo ya.

—Camden Road, mil seiscientos quince...

—¿Hay alguien con ella?

—Sí, Peter Granney...

—¿Dónde está Kibble?

—Eso sí que no puedo decírselo... Por favor... —suplica Manitas.

Le suelto. Se yergue y gira hacia mí. Furioso, empieza a mover

su mano derecha, pero antes que haga algo, mi puño le alcanza en pleno mentón y lo dejo completamente knock-out.

Me inclino hacia él. ¿Qué diablos tiene en la manga?

Es un estilete, tan fino como una aguja, de casi veinte centímetros de largo, situado en una funda especial, con muelle, que le permite tenerlo en la mano con una simple contracción de los músculos. Sí, es el arma propia de un tipo con manos de fantasma. Apoyo el estilete en el suelo y pongo el pie encima, dispuesto para quebrarlo, pero, de repente, se me ocurre otra idea.

Ricitos y Manitas siguen desmayados. Hago tiras sus trajes, su ropa interior... Ricitos tiene una pistola y la arrojo debajo de un diván. Les quito los zapatos, que van a parar al jardín de la trasera del bloque. Luego me visto.

Por supuesto, no dejo el revólver. Antes de salir, corto el cable del teléfono con el estilete, en la calle veo un coche. Procuro que no me vea nadie y le pincho dos ruedas. Un poco más allá, hay una cabina telefónica. Llamo a la policía anónimamente y digo que hay ladrones en mi casa. Al terminar, subo a mi coche y arranco en dirección a Camden Road.

La casa es grande, pero vulgar. Moderna, de un estilo nada agradable para el que tenga un mínimo sentido de la estética. De todos modos, lo externo no me interesa en absoluto.

Me acerco cautelosamente, atravesando el jardín por la zona herbosa, a fin de no hacer ruido. Llego a una de las ventanas y miro al interior.

Sí, Iris está allí. Manitas no me ha engañado. La veo sentada en una butaca, leyendo una revista.

Frente a ella, hay un sujeto de enorme corpulencia, con cara de simio. Pero no debe de tener nada de tonto, a pesar de que parezca una bestia con ropas humanas. Será preciso sorprenderle. He vencido a los otros dos por la sorpresa y también porque no soy un alfeñique, pero me costaría mucho derrotar a Granney, si llego a conseguirlo, cosa que dudo. Por si acaso, lo mejor será sorprenderle, pistola en mano.

La casa debe de tener una puerta trasera. Granney parece muy seguro de sí mismo. También está leyendo.

Doy la vuelta al edificio. Sí, hay una puerta posterior y no está cerrada con llave. Abro cautelosamente y entro en la cocina. Sigo

avanzando.

La puerta de la sala está abierta. Iris nota la presencia de un extraño y levanta la cabeza. Al verme, lanza un grito:

—¡Jerry!

Granney se sobresalta. Gira en redondo el torso. Yo le apunto con mi pistola:

—¡Quieto o te abraso! —digo.

CAPÍTULO III

Granney se incorpora, con las manos separadas del cuerpo. Es un hércules, pero veo un bulto bajo su chaqueta, lo que significa que no desdén tir de pistola cuando es necesario. Lo tendré en cuenta.

—He venido a buscarte, Iris —declaro.

—Jerry, pero ¿qué estás diciendo? —exclama ella.

—Ya lo has oído. Vamos...

—¿Pero es que te has vuelto loco? ¿Por qué he de irme contigo? ¡Empiezo a desconcertarme!

—Iris, te han traído aquí a la fuerza —digo.

—Oh, Jerry, ¿quién te ha contado esa fábula? Me he cambiado de casa, porque me gustaba, eso es todo.

¿Me miente? No puede ser, y sin embargo, habla con absoluta seriedad.

—Iris, anoche fueron dos tipos a buscarte...

—Estás equivocado —insiste—. Vine aquí por mi propia voluntad. Esta casa me gusta más; está en una zona tranquila, lejos de la contaminación, sin ruidos... Eso es todo.

—Bien, pero ¿qué me dices de Artie?

Ella me mira con pena.

—Jerry, ¿por qué declaraste algo que no es cierto?

La mandíbula se me cae de la sorpresa.

—¡Vi a Kibble tan bien como te estoy viendo a ti ahora! —grito, descompuesto.

—No es cierto, y tú lo sabes muy bien. Viste a alguien que te pareció Artie, eso es todo. Artie jamás se mezclaría en un asunto tan sucio como el atraco a un Banco.

—Perfectamente. Si lo que dices es cierto, ¿dónde está? Tú lo sabes, no trates de ocultarlo.

—No lo sé. Volverá pronto...

—Sí, cuando tenga curada la herida del hombro —interrumpo, sarcástico—. Lástima no le hubiese acertado en la cabeza; así no te tendrían aquí, secuestrada...

—Amigo, eso que está diciendo es muy grave —interviene Granney, con voz ridículamente aflautada—. No tenemos nada que ocultar; si quiere, llame a la policía y denuncie ese secuestro, que sólo existe en su imaginación.

—Así es, Jerry —confirma Iris—. Lo mejor que puedes hacer es marcharte.

Aprieto los dientes. Me dan ganas de ponerla sobre mis rodillas y darle una buena paliza, pero Granney aprovecharía entonces para sacudirme a su modo.

—Lo que dije es cierto —añade Iris—. Artie y yo estuvimos juntos toda la noche y al día siguiente hasta las cuatro de la tarde.

—Muy bien. Entonces, ¿quieres decirme por qué han ido dos tipos esta tarde para pedirme que te olvide? Y venían dispuestos a zurrarme.

—No sé nada de eso, Jerry. Quizá... bien, Artie es un poco celoso y quiso... impresionarte.

Está mintiendo. Miente descaradamente. No puedo creer en lo que me dice, ni aunque me lo jure de rodillas. La miro fijamente. Está muy pálida, pero respira apresuradamente, lo veo en las finas líneas de su pecho, que sube y baja con notable rapidez.

Granney ríe burlón.

—Ya la ha oído, tenorio de pacotilla —dice—. Ella quiere a otro, así que déjela en paz de una vez.

—¿Es usted amigo de Artie? —pregunto bruscamente.

—Pues... sí, no tengo por qué negarlo.

Le encañono con el «Colt».

—Iris, ¿todos los amigos de Artie usan pistola?

—No es un pecado disponer de un arma para defenderse —contesta ella.

—No, claro que no, por si acaso... —Extiendo la mano izquierda—. Pete, dame tu pistola.

—¡No! —Maúlla el hércules.

Levanto el cañón.

—Puedo dejarte tuerto y que sigas viviendo —amenazo—. Dásela, Pete —aconseja Iris.

Granney saca el arma con dos dedos y me la entrega. —Un día iré a buscarla personalmente— promete.

—No hace falta. La encontrarás en el jardín —respondo. Miro un instante a Iris y emprendo la retirada.

¿Es sincera? Y si miente, ¿por qué?

Esa noche no puedo pegar un ojo. ¿He puesto mi fe en alguien que no se lo merece?

Me levanto tarde, por la mañana. Mientras me aseo, pienso en lo que he de hacer. De pronto, recuerdo algunas de las frases que pronunció Ruth Bedloe en momentos íntimos. Sí, quizá ella pueda darme alguna pista.

Voy a su casa. Llamo. Ella atisba por la mirilla y luego abre.

—Hola, Buffalo Bill —saluda cariñosa.

—¿Qué tal, guapa? —La beso y luego le arreo un suave pellizco en la cadera—. ¿Hace mucho que te has levantado?

—Acabo de salir del baño. ¿Quieres café? ¿O prefieres otra cosa?

—Me quedo con el café, gracias.

—Siéntate, lo traeré en seguida.

La miro mientras se aleja. Ruth es una chica fenomenal. ¿De qué vive?, me pregunto.

Tomamos el café parsimoniosamente. Luego empiezo a hablar:

—Quiero que me ayudes, si es que puedes —manifiesto—. Es por el asunto del atraco, ¿comprendes?

—Pero eso está en manos de la policía —dice ella, sorprendida.

—Tengo un interés particular en el caso. —Se lo explico, sin darle a entender mis sentimientos hacia Iris. Sólo le digo que es una buena chica y que me parece se ha metido en un lío espantoso, nada más que por haberse enamorado de un tipo estúpido y presuntuoso—. Trabajamos juntos casi dos años, por eso quiero saber la verdad —concluyo.

Ruth entorna los ojos.

—Yo no puedo decirte demasiado —contesta—. Si he de serte sincera, hace tiempo que estoy apartada de esa clase de gente. Pero puedo indicarte a alguien que, sí, tal vez, pueda darte una buena pista.

—Bien, dame el nombre —solicito.

—Tina 2 T.

Pongo cara de tonto.

—¿Qué quiere decir eso de 2 T.? —pregunto.

Ruth se echa a reír.

—«Dos Toneladas», hombre. Es la dueña del Fortune... y dueña también de más secretos de los que guardan los archivos del FBI. Lo que ella no sepa, no lo sabe nadie, créeme.

—Iré a verla...

Empiezo a levantarme, pero Ruth me detiene.

—No es hora aún. Tienes que ir a partir de las nueve. Y le dirás que te envió yo —aconseja.

—Muy bien.

—Ahora no tienes nada que hacer, Jerry.

Ruth se abre la bata y se inclina para mí. Sus senos, redondos y cálidos, golpean mi cara suave y alternativamente. Empiezo a arder.

Mordisqueo uno de sus pezones. Ella suspira y me aplasta la cara contra aquel globo carnoso y lleno de atractivos. Tengo que separarme un poco para recobrar el aliento. Ruth sigue pidiendo más caricias.

De pronto, suena una voz estridente:

—¡Ramera asquerosa! ¿Qué haces ahí, refocilándote con el primero que llama a tu puerta?

Ruth lanza un grito y se levanta instantáneamente. Vuelve el cuerpo y no ve a nadie en la habitación. Yo lanzo una alegre carcajada.

Ella me mira. Comprende.

—Has sido tú —adivina.

—Sí. Hubo un tiempo en que intenté ser ventrílocuo, pero carezco de gracia para los chistes y tuve que dejarlo. El tiro al blanco se me daba mejor.

Ruth me asesta una terrible bofetada.

—Claro que careces de gracia —exclama, furiosa—. El susto que me has dado...

—¿Acaso estás casada de veras y temes que te sorprenda tu marido?

—No hagas preguntas estúpidas —contesta de mal humor.

De pronto, estiro la mano y la atraigo hacia mí. Cae sobre mi cuerpo y la beso furiosamente. Nos mordemos casi como fieras y acabamos rodando sobre la alfombra, donde consumamos lo que se inició unos minutos antes.

Tina 2 T., es una mujer enorme, voluminosa, con pechos como balones de *rugby* y triple papada. Ya no tiene cintura y sus nalgas rebosan a ambos lados de la silla en que está sentada, mirándome escrutadoramente. Sin embargo, y esto es lo sorprendente, su rostro conserva casi el aspecto juvenil de sus años mejores. Pero la vida la ha hecho ser astuta y ello se refleja en sus ojos, grises, brillantes como el acero.

—De modo que te envía Ruth Bedloe —dice.

—Sí, señora.

—Lláname Tina, como todo el mundo, ¡cojones! Pero no se te ocurra mencionar lo de las dos toneladas o te cortaré el pene.

Cierro los ojos unos segundos. Vaya lenguaje, pienso.

—Muy bien, Tina, como digas.

Ella juguetea unos momentos con un collar de perlas de varias vueltas.

—Éste es un asunto un poco extraño —dice al cabo—. Ciertamente, el botín era muy succulento. Pero tú les estropeaste la jugada.

—Era mi obligación —respondo.

—Sí. Lo malo es que ellos no piensan de la misma forma.

—¿Ellos? ¿Los conoces?

Tina sonreía maliciosamente.

—Si quieres probar su participación en el asunto, te va a costar mucho, suponiendo que lo consigas —dice.

—Bueno, a mí me interesa sacar a Iris de este asunto —declaro sinceramente—. Estoy seguro de que la han obligado a actuar de una forma que le repugna...

—¿Y si verdaderamente se ha chiflado por Artie? Muchacho, tú sabes muy poco de la vida, a pesar de que no eres ya un adolescente.

—Tengo treinta y un años...

—Y yo casi el doble y he visto mil veces más cosas que tú —rezonga Tina—. Cuando una mujer enloquece por un hombre, sería capaz de atravesar las cataratas del Niágara en un cajón vacío, si él se encontrase al otro lado. ¿Comprendes?

—Sí —admito de mal talante—. Puede que, en efecto, se haya enamorado de Kibble hasta ese punto, pero, entonces, ¿por qué no quiere que la ayude?

—Por esa misma razón, no te rompas la cabeza. Ahora bien, si tú insistes en saber la verdad, yo puedo darte una pequeña pista.

—Te lo agradeceré —aseguro.

—Fue un golpe bien planeado. Dos tipos que salen del Banco con toda naturalidad, un tercero que inutiliza al más peligroso de los dos mensajeros, es decir, tú; el cuarto que llega de inmediato con el coche... Lo que no supieron prever es que estarías tú en aquellos momentos.

—Eso no importa demasiado, creo.

—Sí, porque... Jerry, tú sabes que los envíos de dinero son secretos. Ciertamente, se ven los furgones blindados todos los días en las puertas de los Bancos, pero no siempre llevan casi un millón en efectivo. Además, el planteamiento de la operación era correcto, hasta que tú se los echaste a perder. Pero alguien sabía que ese día iba a recibir el Banco una suma tan elevada.

Me inclino hacia adelante.

—¿Quién? —pregunto.

Tina vuelve a jugar con sus perlas.

—Se llama Asa Coughlin y es cajero del Banco.

Salto en mi asiento.

—No es posible —exclamo.

—Tengo una sala de juego. Últimamente, Coughlin ha perdido bastante dinero. Alguien le prestó para que siguiera jugando, pero, naturalmente, tuvo que firmar pagarés.

—Dime el nombre del prestamista.

—Hill Barth.

Saco una agenda. Anoto nombres y direcciones. Luego miro a Tina.

—¿Qué debo hacer para darte las gracias?

Ella suspira largamente.

—Con veinticinco... No, con veinte años menos, no te me escaparías —dice, melancólica.

Agarro una de sus regordetas manos y la beso suavemente.

—Adiós —murmuro.

Los ojos de Tina se llenan de humedad.

—Hace un siglo que no me besan la mano —gimotea—. Anda, lárgate, vete de aquí, especie de hijo de puta...

Me echo a reír, mientras voy hacia la puerta. Con la mano en el

pomo, giro la cabeza.

—Tina.

—¿Ugh? —Gruñe.

—Dime, ¿está casada Ruth?

—Como si lo estuviera. Sí, se casó, pero él tomó luego otros derroteros.

—Alguna chica le gustaba más.

—No, era un chico.

—¡Oh, caramba! —Hago un gesto amistoso con la mano y abro la puerta.

CAPÍTULO IV

Decido visitar aquella misma noche a Coughlin, el fajero infiel. Viajo tranquilamente en el coche, sin dejar de pensar en Iris. ¿Qué misteriosos poderes tiene Kibble sobre ella, para obligarla a mentir?

¿Acaso hay algo turbio en el pasado de Iris? Nunca he sabido lo que hacía antes de emplearse en el circo, aunque siempre me pareció una mujer muy instruida, aparte de guapa, claro. Pero quizá el cerdo de Artie, porque siempre fue un tipo repugnante en lo moral, aunque sea un Apolo físicamente, acaso ese grandísimo bastardo, repito, logró averiguar algo que forzó a Iris a actuar según sus órdenes. Si lo supiera...

Estoy llegando a la casa de Coughlin. Se halla situada en un barrio tranquilo, con viviendas individuales, con su pequeño jardincito, el lugar adecuado para un hombre de confianza en un Banco, como suelen ser los cajeros. Lo malo es que Coughlin ha traicionado la confianza que sus jefes depositaron en él.

Paro el coche a unos metros de distancia. Apago las luces. En ese momento, veo que se abre la puerta. La silueta de Coughlin se recorta en el umbral brillantemente iluminado.

Entonces, súbitamente, un hombre surge de las tinieblas. Está armado y apoya la boca del cañón en la sien derecha del cajero. Aprieta el gatillo, suena un estampido. Coughlin da un salto enorme y se desploma de costado.

Yo me quedo paralizado por el asombro. Cuando quiero reaccionar, el asesino se ha fundido de nuevo con las sombras.

Me doy cuenta perfectamente de lo sucedido. El pistolero llamó al timbre y se apartó a un lado. Cuando Coughlin abrió, se acercó a él y le voló los sesos.

Empiezan a sonar los primeros gritos. La señora Coughlin corre hacia la puerta, ve a su marido derrumbado y lanza un alarido estremecedor.

Prudentemente, me apeo del coche. Si ahora intentase marcharme, me haría sospechoso. La policía no tardará en llegar. Diré que iba de paso hacía mi apartamento, cosa que no es incierta del todo, y así me libraré de contestar a preguntas indiscretas.

Mañana visitaré a Barth, el prestamista.

Suena una sirena. Veo los chispazos de los faros del techo del coche patrulla. La gente ha salido de sus casas. Yo me acerco a la puerta del jardín de los Coughlin. Hay dos cuerpos tendidos en el suelo. La que ya es viuda, no ha podido resistir la emoción y se ha desmayado.

Enciendo un cigarrillo. Vienen más policías. Empiezan a hacer preguntas. Pronto me llegará el turno.

Antes de acostarme, telefono a Tina para darle la noticia.

—Ya lo sabía —me contesta.

—Eres rápida adquiriendo informaciones —comento.

—Lo he oído por la radio, no pienses mal de mí. ¿Has visto a Barth?

—Todavía no.

—Ten cuidado. Y si está con él Bitter Tony, más todavía.

—El Amargo, ¿eh?

—Se llama Bitter, pero le han puesto el apellido como apodo. Procura ser más astuto que él o no vivirás mucho.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Me tiendo en la cama. Durante un rato, fumo en la oscuridad. Pienso, cómo no, en Iris, y también en Kibble. ¿Dónde diablos se habrá escondido? ¿Qué clase de presión ejerce sobre ella, para obligarla a representar un papel que, diga lo que diga, tiene que repugnarle enormemente?

Al fin, consigo dormirme. Por la mañana leo el periódico que me ha traído Sara, como de costumbre. Nadie se explica los motivos del asesinato de Coughlin. El informador aventura la hipótesis de una venganza personal, aunque no se le conocían enemigos al cajero muerto. Las deudas de juego ni siquiera son mencionadas.

Después de desayunar me dispongo a salir para visitar a Barth. Apenas he rodado un centenar de metros veo a Ruth parada en la acera conversando con un individuo. Ella me ve también y hace un gesto con la mano.

Detengo el coche y me apeo. Ruth sonríe encantadoramente.

—Hola, cariño —saluda—. Tengo mi coche en el taller. ¿Quieres llevarme al supermercado?

—No faltaría más —contesto.

Entonces, ella se vuelve hacia el otro individuo y dice:

—Matt, te presento a Jerry Tyne. Jerry, éste es mi marido.

Me quedo de piedra. Matt Bedloe me tiende una mano, la mar de amable.

—¿Cómo está, señor Tyne? Leí en los periódicos su valerosa intervención en el atraco. Le felicito.

—Gra... gracias... —tartamudeo.

Bedloe es un tipo próximo a los cuarenta años, elegante y apuesto. Si es lo que me dijo Tina, no lo aparenta en absoluto. Claro que tampoco debe fiarse uno de las apariencias.

—Me perdonas, ¿verdad, Matt? —dice Ruth, a la vez que se mete en el coche.

—Celebro haberte visto, Ruth —exclama Bedloe.

—Ha sido un placer —digo yo.

Me siento tras el volante y arranco.

—Menuda sorpresa —comento.

—Bueno, somos personas civilizadas. No voy a sacar los ojos a Matt cada vez que lo vea —responde ella—. Bastante tiene con su defecto.

—Sí, ya sé que es homosexual. Pero ¿cómo diablos se casó contigo?

—Había una pequeña herencia de por medio. Una vieja tía chañada, ¿sabes? Claro que no era tanto que ignorase las debilidades del sobrino y quiso ver si así lo curaba. Pero como ya estaba muerta cuando nos casamos y el testamento no especificaba más detalles, excepto el de no cobrar si no contraía matrimonio, nos separamos en seguida, aunque aguardamos un año para solicitar el divorcio.

—Me los has presentado como tu marido —le recuerdo.

—Aún no se ha dictado sentencia —replica ella—. Dentro de pocos días, el juez fallará y quedaré enteramente libre.

—¿Era muy importante la herencia?

—Psé... Unos ciento cincuenta mil, limpios de impuestos. Me dio diez mil y él se quedó con el resto.

—¿Qué hace ahora?

—Tiene una agencia de información o algo por el estilo. No me preocupo de su vida. Nos hemos encontrado casualmente, eso es todo.

Cambiamos de tema. Minutos más tarde, dejo a Ruth frente al supermercado. Ella me besa antes de apearse.

—¿Dónde cargarás las compras? —pregunto.

—No te preocupes; tomaré un taxi. —Agita la mano—. Hasta la vista, cariño.

Suspiro. Arranco de nuevo. Voy a visitar a Barth, mientras pienso si Bitter Tony será tan fiero como me lo han pintado.

Hill Barth tiene una oficina modesta, con una secretaria en el antedespacho, que teclea continuamente, mientras masca chicle con el entusiasmo del que hace una cosa rutinaria. Cuando le digo que quiero ver a Barth, ella me contesta, hablando por un lado de la boca, que está ocupado. Saco un billete de diez dólares, hago un rollo y lo pongo en el centro del escote, entre dos senos bien repletos.

La secretaria sonríe y me guiña un ojo.

—Por cuatro billetes más como éste, todo lo que quieras —dice—. Salgo a las cinco en punto... y soy una acróbata en la cama.

—Tal vez venga a buscarte —sonríe—. Anda, avísale. Me llamo Tyne.

Diez segundos más tarde, Barth, muy sobresaltado, abre la puerta. Me mira receloso. Es un tipo de mediana estatura, más bien canijo, medio calvo, con lentes de cerco de acero y nariz corva.

—Señor Tyne, por favor, aguarde unos minutos —ruega con voz poco segura—. Tengo que hacer una llamada muy importante.

—Muy bien, aguardaré —accedo.

La puerta se cierra. Yo miro el teléfono que está sobre la mesa de la acróbata. Ella me mira también y comprende. Levanto el aparato con todo cuidado. Oigo claramente la voz de Barth:

—Tony, rápido, ven a la oficina. Tyne está aquí... Vamos, no discutas, ven inmediatamente.

Dejo el teléfono en su sitio. Saco otro billete y lo envío a hacer compañía al anterior, aunque ahora me entretengo un poco más en la maniobra. La secretaria, inquieta, se menea en el asiento, aunque no hace nada para quitar mi mano del lugar en que se encuentra.

—Ve a tomar una taza de café —indico a media voz—. ¿Puedes

estar fuera media hora?

—Tendré que decírselo al jefe —murmura ella.

—Díselo.

La acróbata se levanta y se asoma al despacho. Barth accede de buena gana. Antes de salir, ella se me acerca y me besa calenturientemente, mientras su mano derecha se mueve en una inequívoca exploración. Luego pone los ojos en blanco.

—¡Cómo estás! —suspira.

Le doy un azote suave en las caderas y sonrío, halagada. Por fin se marcha. Yo asomo la nariz al despacho. Barth me dirige una mirada inquieta.

—¿Y bien, señor Tyne? ¿En qué puedo servirle?

—Necesito un préstamo.

—Bueno, tendrá usted ciertas garantías... Bienes propios, un automóvil en buenas condiciones...

—Mi palabra solamente —respondo.

—Siendo así... quizá pueda dejarle doscientos dólares... Al doce por ciento.

—Mensual.

Barth suelta una risita.

—Por favor —contesta—. Semanal.

—Ya. Tendré que estudiármelo, aunque lo cierto es que necesitaría una suma algo mayor.

—Bien, diga su necesidad...

—Casi un millón.

La cara de Barth se pone gris. Veo su frente brillante. Luego, haciendo un esfuerzo, lanza una risita.

—Está de broma, señor Tyne.

—Hablo absolutamente en serio —contesto.

Barth extiende las manos.

—Si se trata de un atraco, adelante —dice—. Tengo por norma no resistirme a la fuerza bruta...

De pronto, oigo pasos en el antedespacho. Bitter Tony ha sido rápido, pienso. Pero yo sigo desde el primer momento junto a la entrada. Tony abre la puerta e irrumpe en el despacho.

—Señor Barth...

—¡Cuidado, Tony! —Grita el prestamista—. ¡A tu izquierda!

Tony empieza a girar. Pero reacciona tarde. Yo estoy preparado

y disparo el puño izquierdo contra su estómago. Tony resopla y se curva. Empleo el puño derecho y lo dejo sin sentido.

Barth hurga nerviosamente en uno de los cajones de su mesa. Meto la mano en el interior de mi cazadora.

—Cuidado —advierto secamente—. Tengo buena puntería. No me obligue a hacerle una demostración.

El sujeto se despega de la mesa, mientras me mira con ojos llenos de pánico.

—Qué..., ¿qué es lo que desea? —pregunta.

—Coughlin pasó informes acerca del día en que iba a ser transportado una importante suma de dinero. Le debía dinero a usted.

La lengua de Barth se asoma para mojar unos labios resecos. Traga saliva visiblemente.

—Pe... pe...

El hombre no puede hablar. Prosigo, inflexible:

—Coughlin le pasó a usted la información..., y usted lo hizo con otra persona. Dígame quién es.

—Le juro que no...

—Barth, puedo romperle en dos pedazos y juro que lo haré si no me contesta.

Es un cobarde. Cede sin resistencia.

—Sólo sé un número de teléfono...

Me echo a reír.

—Será suficiente —contesto—. Escríbalo y tenga en cuenta que, si me han engañado, vendré a arrancarle la cabeza con las manos.

Barth me entrega un papel, que guardo inmediatamente en el bolsillo de la cazadora. Bitter Tony continúa inconsciente.

De pronto, se me ocurre una idea. Saco mi pañuelo y lo empleo para quitarle la pistola. Procurando no dejar huellas, examino la carga. Sí, falta una bala. Incluso puedo apreciar en la boca del cañón las huellas de la pólvora quemada. Miro sonriendo a Barth. Está a punto de desmayarse. Sabe que he adivinado la verdad. Bitter Tony es el asesino de Coughlin.

—El me lo ordenó... —Llora.

—¿Quién? —preguntó.

—Ese tipo..., el del teléfono... Me dijo que enviase a Tony a liquidar al cajero...

—Sería curioso averiguar por qué conseguía que usted le obedeciera —observo.

—Sabe que..., que tengo muchas relaciones... Me llamó un día y dijo que debía hacer todo lo que me ordenase... Yo le mandé al diablo. Dos días más tarde, ardió mi coche y encontré a mi gato favorito ahorcado en el garaje... No podía negarme... —Solloza.

—Claro, no era lo mismo que emplear a Tony para amedrentar a los morosos, ¿verdad?

Barth se desmorona sobre un sillón. Ni siquiera protesta cuando me oye llamar a la policía para que vengán a arrestar al asesino de Coughlin.

Cuando salgo de la casa, Bitter Tony continúa desmayado. En la puerta me encuentro a la acróbata.

—No subas —digo—. Me parece que tendrás que buscar otro empleo.

La secretaria hace un gesto despectivo.

—Estaba harta —responde—. Pero ¿qué pasa?

Un coche blanco y negro se detiene súbitamente frente a la casa. Los dos patrulleros entran disparados en el edificio, pistola en mano.

—Esto es lo que sucede —digo.

Le doy una palmadita en la mejilla y me marchó antes de que pueda decir una sola palabra más.

CAPÍTULO V

Inesperadamente, cuando menos podía sospecharlo, me llama Iris.

—¡Jerry!

Estoy en la sala de mi departamento, sentado plácidamente ante el televisor. Reconozco aquella voz de campanitas de plata y me pongo rígido en el acto.

—¡Iris!

—Escucha, Jerry, todo lo que dije el otro día fue una enorme mentira. Ellos me obligaron...

—Me lo suponía.

—Pero no podía hacer otra cosa. Escucha, no tengo tiempo; me vigilan constantemente. Ni siquiera me permiten utilizar el teléfono. Ahora están descuidados, jugando a las cartas... Atiende bien, por ti amor de Dios. ¿Quieres de veras sacarme de este apuro?

—Iris, no debieras dudarlo —protesto.

—Me lo imaginaba. Si voy contigo, ¿podrás esconderme?

—Buscaré algún lugar discreto, descuida.

—Bien, he conseguido que mañana me permitan salir de compras. No tengo apenas ropa y necesito adquirir algunas cosas. Iré al General Store, de la calle Main. Hacia las doce, más o menos. ¿Entendido?

—Sí.

—Eso es todo. Hasta mañana, Jerry. Que Dios te bendiga.

Oigo un «clic» apresurado. Me quedo mirando el teléfono como embobado. Luego lo dejo sobre la horquilla y doy un salto que casi me hace tocar con la cabeza en el techo.

—¡Yupiiii! —grito alegremente.

Para celebrarlo, busco una cerveza en el frigorífico. De pronto, me invade una duda corrosiva. ¿No será una trampa para eliminarme?

Si fuera así, mi fe en Iris se derrumbaría. Pero el instinto me dice que ella es sincera. No, no quiere seguir en absoluto ese juego. Sin duda, ha descubierto la clase de hombre que es Artie Kibble. Ahora, estoy seguro, se siente profundamente desengañada. Bien, la sacaré de este apuro, me prometo, cueste lo que cueste..., aunque el precio sea consumir unos cuantos cartuchos de mi pistola.

Suena el teléfono. Es Ruth. Quiere que vaya a tomar una copa a su casa. Le digo que tengo una jaqueca terrible y que estoy con una bolsa de hielo sobre la cabeza.

—Otro día, cuando esté en forma, guapa —termino mis disculpas.

¡Qué mujer! Debe de ser ninfómana.

El teléfono suena a los cinco minutos. Es una fulana que dice llamarse Lorrie Spaulding.

—No la conozco, señora —respondo.

Oigo una risita.

—Ayer me quedé sin empleo —dice ella.

—Oh... —Es la acróbata—. Lorrie, lo siento...

—No te preocupes, ya encontraré otro trabajo.

—Lo celebro. ¿Cómo has encontrado mi teléfono?

—Por la guía, claro. Oye, tengo en casa una buena botella...

—Nena —digo con voz muy triste—, lo lamento infinitamente. Esta tarde sentí ciertas molestias y fui al médico, que me ha puesto en tratamiento inmediatamente. No querrás que te contagie algo asqueroso, ¿verdad?

—Rayos —exclama Lorrie.

—Aquella puerca zorra me pegó... Bueno, esperaré a encontrarme en condiciones y te juro que haremos los dos las más atrevidas contorsiones que hayas sido capaz de imaginar en los días de tu vida.

—Cúrate pronto, guapo —me desea la acróbata.

Cuando termino de hablar, me miro al espejo. ¿Qué tendré para atraer a las mujeres?, me pregunto. Pero, en el fondo, sólo quiero a una.

Debo de dormirme con la sonrisa en los labios, como los angelitos. ¡Qué felicidad, rescatar a Iris!

En tiempos, el que sigue llamándose General Store debió de ser un almacén en que se vendía de todo, cuando aquí correteaban

todavía los pieles rojas y la Wells & Fargo y la Overland competían con sus diligencias. Naturalmente, el negocio ha evolucionado y hoy es un gran edificio de veinte plantas, con cientos de empleados. En la entrada, una lustrosa placa en oro y negro, proclama que la empresa se fundó en 1854. Hay, incluso, una ampliación de una vieja fotografía, en la que se ve el almacén primitivo, con los dueños y unos cuantos clientes, tramperos, buhoneros y *cowboys*. Toda una época que, como dijo aquél, el viento ya se llevó.

Aguardo en las inmediaciones de la gran entrada. Me he puesto unas gafas coloreadas y llevo camisa a cuadros, abierta, y cazadora. Un policía uniformado me mira un par de veces y luego sigue su ronda.

Transcurren diez minutos. El policía vuelve. De pronto, veo un coche que se detiene junto a la acera. Iris y Granney se apean. El conductor se aleja, sin duda para situarse en otro sitio. Ellos empiezan a cruzar la acera. Entonces intervengo yo, simulando ser un transeúnte distraído.

Granney es un tipo hercúleo, pero le pillo de sorpresa y lo hago trastabillar con violencia, lanzándolo contra el guardia, que se gira en aquel momento. Entonces, suena la «voz» de Granney:

—¿Es que no tiene ojos en la cara, maldito estúpido? Algunos guardias deberían comer cebada en lugar de carne con patatas y llevar una silla de montar en vez de ese asqueroso uniforme.

El guardia se sulfura. Granney le mira atónito. Sigue «hablando»:

—Sí, a usted le digo, cara de mierda, pedazo de estiércol podrido...

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dice el guardia. Y la porra que voltea en su mano, sube y baja un par de veces. Granney se tambalea. Grita, vocifera. Iris está atónita, porque no comprende lo que sucede.

—¡Socorro! —«Grita» el hércules—. ¡Me están asesinando!

La gente empieza a arremolinarse. Antes de que Iris se dé cuenta de lo que sucede, agarro su mano y tiro de ella con tal fuerza, que sus pies se despegan del suelo.

—¡Jerry! —Hasta ahora no me ha reconocido.

—Vamos, no te quedes ahí parada —exclamo, sin dejar de correr.

El tumulto es indescriptible. Acude otro guardia y, entre los dos,

consiguen reducir a Granney. Para entonces, Iris y yo estamos a bordo de mi automóvil.

—¿Vamos a tu casa? —pregunta ella.

—Naturalmente que no —respondo—. Hay dos tipos que saben dónde vivo. En cuanto se den cuenta que te han perdido, lo primero que harán será ir allí.

—Entonces...

—No te preocupes. Madrugué mucho esta mañana. He alquilado otra casa en un lugar muy alejado de mi residencia habitual. Y ahora, empieza a contarme cosas.

De pronto, Iris se tapa la cara con las manos y rompe a llorar amargamente. Busco en mis bolsillos con una mano y le entrego un pañuelo. Dejo que se desahogue. Es indudable que ha pasado por momentos muy duros, de enorme tensión. Todo ello, sin mencionar la decepción que ha debido de causarle el conocer al Apolo tal como es en la realidad.

Aún estamos en el interior de la ciudad. De pronto, al mirar por el retrovisor, veo que nos sigue un coche que me parece sospechoso. Treinta segundos más tarde, reconozco el automóvil en que Iris viajó hasta el General Store.

—Dispensa, Jerry, pero no pude contenerme...

La interrumpo bruscamente.

—No hables ahora; nos están siguiendo —digo.

Iris se vuelve en el asiento y mira hacia atrás.

—Sí, son ellos —exclama—. Pero ¿cómo...?

—Estacionaron el coche un poco más adelante de los grandes almacenes y nosotros salimos arreando en la misma dirección. Pero no te preocupes; pronto me los sacudiré de encima.

Doblo por la primera calle a la izquierda y Ricitos, que está al volante, me sigue puntual. Luego giro para seguir una dirección diametralmente opuesta; no quiero que tengan la menor pista del lugar al que debo conducir a Iris.

Seguimos así cosa de mil metros. Luego viro hacia el Sur. Un minuto más tarde, estamos en campo abierto, rodando por una carretera secundaria, que serpentea suavemente entre lomas redondeadas. Las casas se van espaciando cada vez más.

Ricitos y el otro se mantienen a la misma distancia, esto es, unos doscientos metros. Remonto una pendiente y, al llegar a la cresta,

diviso más abajo una curva cerrada. Hay abundancia de arbustos a ambos lados de la carretera y un caminito que conduce a una granja situada a casi mil quinientos metros.

Al llegar al empalme, piso a fondo el freno y me meto por el camino que va a la granja. Paro el coche y salto, pistola en mano.

Iris chillá:

—¡Jerry!

—Calma, nena, no te preocupes.

El coche de Ricitos baja como un bólido. Derrapa al tomar la curva, pero Ricitos es un magnífico conductor y lo domina sin dificultad. Dejo que se me acerque hasta veinte metros. Entonces, apunto a la rueda delantera derecha, yo estoy a la izquierda y no voy a ser tan tonto de echarme el automóvil encima.

¡Pam! ¡Pam!

Los estampidos suenan muy seguidos, el de la pistola y el del neumático perforado. El coche deriva inmediatamente a la derecha, baila terriblemente, hace un ceñido viraje, sin volcar, y se mete en un campo de labor. Encuentra una zanja de riego y vuelca de costado.

Vuelvo a mi coche y enciendo el motor. Retrocedo. Salto a la carretera y piso el acelerador a fondo. Aún tengo tiempo de echar un vistazo al campo de labor. Ricitos y Manitas, sin duda aturridos y molidos, salen gateando del coche. Ricitos desenfunda su pistola, pero se da cuenta de que la distancia es excesiva y el arma vuelve a la funda.

Río alegremente.

—Ahora no nos encontrarán —exclamo.

Iris me lanza una mirada de asombro.

—Nunca hubiera imaginado que fueras capaz de actuar de este modo —exclama.

—Nadie sabe nunca de qué es capaz, hasta que se presenta la ocasión —contesto—. ¿Un cigarrillo? —ofrezco.

—Sí, gracias.

—Enciéndeme otro, por favor.

Fumamos en silencio durante unos minutos. Luego, hago una pregunta:

—Bien, Iris, y ahora, dime, ¿por qué declaraste a la policía algo que era una absurda mentira?

—Porque te habrían asesinado, si no hubiese hecho lo que ellos me ordenaron —contesta.

CAPÍTULO VI

Estamos en la casa que alquilé esta mañana, muy temprano. Tendré que ir a comprar provisiones y ropa para Iris, pero hay tiempo de sobras. Antes quiero enterarme de todo lo sucedido.

—Yo no fui capaz de suponer que Artie se complicase la vida de esta manera —dice, mientras se pasea por la sala—. Sí, me di cuenta que tenía algunos amigos, cuyo aspecto me parecía poco recomendable, pero no le concedí demasiada importancia. El decía que pronto iba a conseguir una buena colocación, con un sueldo magnífico, que nos permitiría casarnos de inmediato..., pero los días pasaban y yo empezaba a darme cuenta de que lo que menos tenía eran ganas de trabajar decentemente.

«Entonces, cierto día me dijo que pronto iba a tener el dinero necesario para la boda y la casa en que íbamos a vivir. Ya no supe nada más, hasta que me enteré del atraco. Entonces, lo comprendí todo —añade Iris, tristemente».

—Y esos dos tipos, fueron a buscarte a tu casa...

—Primero me llamó Artie por teléfono. Noté en seguida que no se encontraba bien; incluso, a través del hilo, le sentía jadear. Dijo que irían a verme dos amigos y que hiciera lo que me indicaran. Luego colgó, antes de que pudiera hacerle más preguntas. Entonces, a los pocos minutos, llegaron Bray y Lexton..., los mismos que nos seguían hace poco...

—Ah, se llaman así.

—El del pelo rizado es Gus Bray. El otro es Frisco Lexton. También le llaman Stylet, aunque no sé por qué...

Yo sonrío imperceptiblemente.

—Sigue —solicito.

—Bien, entonces, Lexton y Bray me ordenaron declarar en el sentido que tú conoces. Cuando les pregunté por qué tenía que decir una mentira, ellos citaron tu nombre. Dijeron que no llegarías vivo

a la noche, si no obedecía la orden de inmediato.

—Comprendo —digo—. Pero no es cierto, Iris.

—¡Por el amor de Dios! —protesta ella—. Jamás he pasado una noche con Artie. —Se detiene frente a mí y me mira penetrantemente—. Jerry, no sé cómo decírtelo... En el fondo, sólo estaba deslumbrada, pero no enamorada de Artie. Si hubiera estado realmente enamorada, habría sido suya desde el principio. Pero había algo en él que me repelía cuando..., cuando nuestras caricias pasaban de ciertos límites. Tú me entiendes, ¿verdad?

Asiento con gestos.

—Sí —respondo—. Y no sabes cuánto me alegra oírte hablar así, pero esto es algo que seguiremos discutiendo en otra ocasión. De modo que fuiste a Jefatura...

—Y de allí a la casa de Camden Road. No me dejaban sola un instante. Pero, por lo visto, se aburrían, sacaron unos naipes...

—Y aprovechaste la ocasión —sonríó—. Dime, durante estos días, ¿has oído hablar de Artie?

—Lo han mencionado alguna vez, aunque no han dicho jamás el lugar donde está escondido. ¿De veras lo heriste, Jerry?

—Sobre eso, no cabe la menor duda —digo—. ¿Cómo se le ocurriría a ese imbécil meterse en un asunto en el que podía dejarse el pellejo? —Enciendo un cigarrillo—. ¿Escuchaste a esos miserables algún otro nombre?

—No. ¿Por qué?

—Es evidente que Artie no fue el que planeó el atraco. El, su chófer y los dos que murieron, eran meramente los ejecutores. Alguien planeó y dirigió la operación, y posiblemente la estaba presenciando desde un punto discreto, pero no sabemos quién es. Si consiguiéramos averiguarlo, tendríamos adelantada la mitad del camino.

—No comprendo bien, Jerry —alega Iris.

—Es muy sencillo. Si echamos el guante a Artie, nos dirá quién es el jefe. Y, viceversa, si logro conocer el nombre de ese sujeto, sabré dónde se esconde Artie..., y tú no tendrás ya necesidad de continuar escondida.

—Pero declararé a la policía algo que no es cierto —se lamenta.

—Yo arreglaré ese asunto, no te preocupes. Ahora, por favor, dame los números de tus tallas de ropa y zapatos.

Saco la agenda y anoto sus peticiones. Cuando me dispongo a abandonar la casa, ella me pone una mano en el brazo.

—Gastarás mucho dinero...

Aprieto suavemente esa mano.

—No tienes por qué preocuparte en este sentido —contesto. Le hago una advertencia muy seria—: No salgas de la casa para nada, ni te asomes a las ventanas.

—Está bien, Jerry.

Vuelvo cuando casi es de noche, cargado con una enormidad de paquetes. Iris se encarga de cocinar. Cenamos con magnífico apetito. Ella está encantadora, más hermosa que nunca.

Pero no me hago ilusiones. El hecho de que haya descubierto la clase de sinvergüenza que es Artie Kibble, no significa que vaya a enamorarse ciegamente de mí.

Al terminar, enciendo un cigarro y digo:

—Tendré que darme prisa, Iris, si quiero resolver pronto el asunto.

—¿Por qué dices eso, Jerry?

—En la empresa me dieron una semana de descanso. Ya estoy a la mitad y, aunque he conseguido lo más importante, es decir, tu rescate, falta encontrar al resto de los culpables, para que la tranquilidad sea absoluta. Pero —añado de pronto—, se me ha ocurrido una idea, que puede dar buenos resultados.

Iris quiere saber en qué consiste la idea, pero yo me niego en redondo a decirle nada. Charlamos un rato después. Finalmente, nos acostamos. Naturalmente, cada uno en su habitación.

Lorrie Spaulding abre la puerta, con el pelo despeinado y la bata mal ajustada a su cuerpo de formas exuberantes. Sin mirarme, bostezando aparatosamente, se vuelve y agita una mano.

—Por aquí —dice—. Traiga las provisiones a la cocina...

—No soy el mozo de reparto, Lorrie.

Ella se vuelve bruscamente, me mira a través de los ojos cargados aún de sueño y luego respinga.

—¡Jerry!

—Puedo pasar, supongo.

—Claro... Perdona mi aspecto; estaba durmiendo...

—No te preocupes. ¿Tienes café en la cocina?

—Sí. Ve calentando el agua; deja que me arregle un poco —

solicita, mientras echa a correr hacia el baño.

Cuando sale, minutos más tarde, tiene el pelo atado en cola de caballo y la cara lavada, aunque no maquillada. Se ha puesto una blusa, poco cerrada, y una falda corriente. Le entrego una taza de café.

—Todavía no sé si duermo o estoy despierta —dice—. Eres el hombre a quien menos esperaba ver por aquí.

—La vida da estas sorpresas —contesto alegremente—. ¿Qué te parece lo que sucedió con tu jefe?

—Era un tipo repugnante. Me alegro que lo hayan enchironado.

—¿Llevabas mucho tiempo con él?

—Un par de años. No era un trabajo que mataba. Tampoco abríamos la oficina a las nueve, como en otros sitios. El jamás acudía antes de las diez y media y yo estaba autorizada para ir a esa hora, más o menos.

—El negocio de Barth no es de los que se llevan en libros de contabilidad —observo.

—Bueno, tenía una supuesta agencia de informes. Siempre había correspondencia por despachar, pero, créeme, no éramos el Departamento de Estado.

Me echo a reír y saco cigarrillos.

—Quizá sepas algo —digo, tras las primeras bocanadas de humo—. Y si es así, necesito que me lo digas, mediante la oportuna recompensa monetaria.

Lorrie entorna los ojos.

—¿De qué se trata? —pregunta.

Saco el papel que me dio Barth y se lo enseño.

—Trata de recordar a quién pertenece este número de teléfono —le digo.

Hay unos momentos de silencio. De pronto, ella chasquea los dedos.

—Ya está —exclama—. Ahora lo recuerdo.

—¿Y...?

—Se llama Seth Tower. Hace ya algún tiempo que llamó a la oficina. Barth estaba ausente. Entonces, me hizo anotar el teléfono, con la recomendación de que se lo diera al jefe cuando volviese.

—¿Te dio el nombre también? —me extraño.

—Bueno, tenía que hacerlo, si quería que le diese el mensaje a

Barth. Mis órdenes eran de no tomar ningún recado, sin saber quién lo daba. En un principio, Tower no quería dar su nombre; sólo lo hizo, cuando le dije que no diría nada a mi jefe, ya que ésas eran las órdenes que tenía. Quizá es un nombre falso..., pero eso ya no es culpa mía, Jerry.

—¿Dio su dirección?

—No, eso no.

Le pellizco una mejilla.

—Eres estupenda —digo—. Meto la mano en el bolsillo y saco cinco billetes de a diez. —Toma, para pagar la cuenta de la tienda.

Lorrie me mira ardientemente.

—A ver si te curas pronto —me desea.

—El médico ha dicho que estaré listo antes de dos semanas —miento bellacamente.

—Entonces, prepárate, porque todavía no sabes lo que son los buenos juegos de cama —dice con toda frescura.

Salgo a la calle. Ahora será preciso encontrar a Tower. ¿Figura su nombre en la guía?

Entro en una cabina telefónica. Hojeo la guía. Vaya, si está en la columna correspondiente... ¿Cómo pudo mentirme Barth al decir que sólo sabía un número de teléfono?

Cuando salgo de la cabina, con la dirección de Tower en mi memoria, me tropiezo con un hombre. Pido disculpas cortésmente. El otro las acepta. De pronto, exclama:

—Vaya, si es el amigo de mi esposa. ¿Cómo está, señor Tyne?

—¿Qué tal, señor Bedloe? Dispense; estaba preocupado y no le vi...

—No tiene importancia —sonríe agradablemente el sujeto—. ¿Me acepta una copa en ese bar tan próximo?

—Gracias, otro día. En estos momentos, tengo algo de prisa...

Cuando me dispongo a separarme de él, Bedloe me retiene por un brazo.

—¿Qué tal Ruth, señor Tyne?

Le miro escamado.

—Pues...

El se echa a reír.

—Vamos, hombre, no se escandalice. Entre Ruth y yo no hay nada. No lo hubo nunca. Sólo fue una boda de conveniencia. Ella se

lo habrá dicho, me imagino.

—Sí, algo mencionó —admito—. Celebro que se lo tome tan... deportivamente.

—¡Qué remedio! —suspira con resignación. Pero me parece que no es sincero, aunque, claro está, no se lo digo. Estrecho su mano y sigo mi camino hacia el lugar donde reside Seth Tower.

Cuando llego a la dirección indicada, me recibe una mujer de unos treinta y cinco años, muy morena, de formas espléndidas. Tiene los ojos claros y un rostro muy atractivo.

—Yo soy la señora Tower —dice—. Mi esposo está ausente.

—Me interesaría hablar con él...

La señora Tower se encoge de hombros.

—A mí también —contesta—. Hace semanas enteras que no le veo. Y, la verdad, empiezo a escasear de fondos.

Esa respuesta me intriga. Barth debía enviar sus mensajes a esta casa. Pero si Tower está ausente, debería saberlo. ¿No me habrá engañado deliberadamente?

—Perdone la curiosidad, señora —digo—. ¿Tenía su esposo alguna relación con un tal Hill Barth?

—Pues... ahora que lo dice, sí —contesta ella—. Le oí hablar por teléfono en alguna ocasión con ese individuo. Y un par de veces, recibí unos mensajes muy extraños.

Saco más billetes. A este paso, me digo, pronto se me acabará el dinero de la recompensa. Pero me conviene estimular la memoria de esta mujer tan atractiva.

—¿Puede recordar esos mensajes?

—Oh, sí, claro. Yo no los entiendo... Me limité a anotarlos en una hoja de papel y luego se los entregué a mi esposo... Uno de ellos mencionaba algo sobre una mercancía que debía ser entregada al día siguiente, a las diez de la mañana. El otro... decía que la carga estaría lista también al día siguiente, a las doce en punto.

Es la hora en que se intentó robar el dinero del furgón blindado.

—¿Cuándo le dieron ese mensaje, señora? —pregunto.

Ella cita una fecha. Sí, todo coincide.

—Pero entonces, usted no se lo pudo dar a su esposo —exclamo.

—Pues, sí, por extraño que le parezca, me llamó a las pocas horas. Yo le transmití el recado y también le pregunté cuándo volvería a casa.

—¿Qué dijo él?

La señora Tower sonríe amargamente.

—Dijo que no me metiese en sus asuntos —contesta—. Oiga, soy una mujer joven y empiezo a cansarme de la soledad...

Entorno los ojos.

—¿De veras no sabe dónde está su esposo, señora...?

—Me llamo Audrey —dice, ahuecándose el pelo con gesto provocativo, porque sabe que así hará resaltar sus hermosos senos—. No, no sé dónde está, aunque sí puedo indicarle un sitio en donde tal vez consiga algo. ¿No quiere tomar una copa conmigo? —añade, incitante.

La tentación es muy fuerte, pero debo resistirla. Sin embargo, se me ocurre una idea.

—En estos momentos, tengo un poco de prisa —declaro—. Pero le prometo volver... para ayudarla a salir de su bache económico. Audrey, dígame dónde puedo encontrar rastros de su marido.

—Vaya al Red Globe. Suele, solía ir mucho por allí —responde.

Me dirijo hacia la puerta.

—Volveré, Audrey —prometo.

Cuando salgo de la casa, voy hacia el coche, que he estacionado a cincuenta o sesenta pasos. De pronto, se me acerca un tipo. Es de mediana estatura, delgado, de mejillas chupadas. Lleva un sombrero con cinta multicolor, con el ala caída sobre la frente, y viste una chaqueta oscura, con rayas blancas. Tiene un cigarrillo en sus labios pálidos y se ayuda para sostenerlo con la mano izquierda.

—¿Fuego, caballero, por favor?

Me fijo en su mano derecha. Está hundida en su bolsillo de la chaqueta y hace mucho bulto.

Antes de que yo pueda decir nada, añade:

—Entre en su coche y no haga ningún gesto sospechoso, porque le freiré a balazos.

Le miro un instante. Hago un gesto afirmativo.

—De acuerdo —respondo serenamente.

Entramos en el coche. Cara Chupada se sienta a mi derecha.

—¿Hacia dónde vamos, Joe?

—Me llamo Johnny —puntualiza—. Siga recto —indica—; ya le diré luego dónde hemos de ir.

Hago girar la llave de contacto y arranco.

CAPÍTULO VII

Rodamos durante quinientos metros. Estamos en una zona de la ciudad donde el tránsito es muy escaso. De pronto, suena una voz a espaldas de Cara Chupada.

—Johnny, le estoy apuntando a través del respaldo. Deje la pistola sobre la repisa o le haré trizas el espinazo.

El pistolero se sobresalta horriblemente.

—¿Qué diablos...?

—Ya lo ha oído —sonríó—. No estaba solo.

—Pero...

—Contaré hasta tres. Al terminar, apretaré el gatillo —dice mí «acompañante».

Johnny vacila, pero acaba por obedecer. Yo me siento tentado de apoderarme del arma, pero resisto. Es preciso seguir adelante con la comedia.

—Me engañaron —se lamenta el pistolero—. Dijeron que estaba solo... ¿Cómo iba a suponer que hubiese una fulana escondida ahí atrás?

—Es mi chica y es tan valiente como yo —respondo—. Por cierto, no me había dado cuenta de que me seguías...

—Fui a buscarle a su casa y no le encontré. Pero usted acudió luego y...

Es cierto, yo he ido a primera hora a mi apartamento a buscar algo de ropa para mudarme. Johnny me ha seguido hasta ver la ocasión propicia, al salir de la casa de los Tower, situada en un barrio no demasiado poblado.

—Entiendo —digo—. Bueno, ahora, hablaremos tú y yo. Iris, no dejes de apuntarle con el arma.

—Descuida, Jerry —me contesto a mí mismo.

El pistolero está muy rígido. Media hora más tarde, entro en un camino solitario y paro el coche. Antes de que Johnny pueda hacer

nada, me apodero de su pistola. Le apunto con ella.

—Sal fuera, pero no te alejes. Recuerda que las balas son siempre más rápidas que las piernas. Y, si me conoces, sabrás que, a pesar de que no es mi pistola, no por ello dejo de tener una magnífica puntería.

Johnny obedece en silencio. Yo salgo por el otro lado.

—Vacía tus bolsillos —ordeno.

Lo hace tristemente. Un fajo de billetes cae al suelo.

—¿Cuánto? —pregunto.

—Dos mil.

—¿Ése es mi precio?

—Sí.

—¿Quién te lo pagó?

—Tiene el pelo muy rizado...

Gus Bray, pienso en el acto. Luego meneo la cabeza.

—Han pagado por la piel del oso antes de cazarlo —digo.

Me muevo un poco hacía mi izquierda. Esos dos mil dólares, pienso, serán para sufragar gastos. En el mismo instante, llega hasta mí el eco de un estampido.

La bala alcanza de lleno a Johnny en la frente y su sombrero salta por los aires, con una explosión de sangre y huesos. Yo me agacho instantáneamente y así evito el segundo disparo de rifle, que atraviesa el hombro del pistolero. Pero disparan contra mí, no cabe la menor duda, ya que los estampidos llegan desde un lugar situado a mi espalda.

Me dejo caer al suelo de bruces y permanezco inmóvil. Es preciso dar la sensación de que han conseguido su objetivo. Sin duda, nos siguieron a prudente distancia, a fin de comprobar que Johnny cumplía lo pactado. Pero al vernos hablar, se dieron cuenta del fallo sufrido en sus planes. Y han utilizado el rifle.

Pasan algunos minutos. Me pregunto si vendrán a comprobar el resultado de los disparos. El lugar está en silencio. Oigo a lo lejos los graznidos de unas cornejas. Luego llegan a mis tímpanos los distantes sonidos del motor de un coche que se aleja de aquellos parajes.

Levanto la cabeza un poco. A mil metros de distancia, diviso a un automóvil que regresa a la ciudad, apenas visible en el horizonte. Aguardo un minuto más y me pongo en pie.

Johnny ha quedado hecho un asco. Le falta toda la parte superior de la cabeza. El hombro derecho está destrozado. La sangre empapa la tierra, reseca en aquel lugar.

Recojo el dinero. Dejo lo demás, no sin haber limpiado la pistola, para que no queden mis huellas. Luego subo al coche, doy media vuelta y emprendo el camino de regreso.

Llamo a Iris para tranquilizarla. No quiero que se ponga nerviosa. Ella se alegra mucho de oírme y quiere saber detalles de lo que estoy haciendo. Le digo que prospero y cuelgo.

A las siete de la tarde, entro en el Red Globe. Voy a la barra y pido un *whisky* doble al barman, un tipo de rostro poco atractivo y mirada nada amable con los desconocidos. El fulano pide el dinero antes de servir. Pongo un billete sobre el mostrador.

—Guárdate la vuelta —digo, desdeñoso.

El billete es de veinte dólares.

—No se burle de mí —rezonga el sujeto.

—No me burlo. Es que, además, quiero una botella de lo bueno.

—Ah...

Me sirve el *whisky*. Tomo un sorbo.

—¿Has visto a Tower? —pregunto.

—No lo conozco —responde el barman, con la vista fija en el techo.

Si espera más dinero, se llevará un chasco.

—Bueno, tampoco importa mucho. Sé que no ha venido, lo que me garantiza la tranquilidad para el resto de la noche.

—¿Qué noche? —pregunta el barman, ingenuo.

—Está claro. Voy a pasarla en la cama con Audrey Tower —declaro cínicamente, mientras agarro la botella con una mano—. Es una fulana sensacional —añado, antes de separarme de la barra.

¿Dará resultado mi ardid?

Antes de mañana lo sabré, seguro.

Audrey me recibe primero con asombro y luego con ojos de fuego.

—Vengo a solucionar tus problemas económicos —digo—. Si tú solucionas otra clase de problemas que tengo.

—Entra —invita—. Dos personas pueden solucionarse mutuamente sus respectivos problemas.

Dejo la botella sobre una mesa. Saco un rollo de billetes impresionante, cuento cinco de a cien y los dejo sobre la mesa. Los ojos de Audrey brillan.

—¿Hay bastante? —pregunto.

Ella se me acerca y rodea mi cuello con sus brazos.

—¿Por dónde empezamos? —suspira.

Pongo las manos en sus senos. No, no hay trampa. Están muy apetitosos. Después de un beso que se prolonga hasta quedarnos sin resuello, la levanto en brazos.

—Usa el dedo índice para señalar el camino —digo.

Audrey se echa a reír.

—Todo recto —exclama.

Está tendida de costado en la cama, con la cabeza apoyada en una mano. Me mira con curiosidad.

—¿Por qué buscas a mi marido, Jerry?

—Quiero hablar con él —digo.

—¿Puedo saber...?

—Negocios —respondo, evasivo.

—Hace algún tiempo que se muestra muy extraño —dice Audrey, pensativa—. No sé qué diablos se propone, pero no me gusta lo que sucede.

—¿Te ha hablado en alguna ocasión de un negocio que iba a proporcionarle grandes beneficios?

—Sí —exclama, asombrada—. ¿Cómo lo sabes?

—Tal vez dijo también que iba a cubrirtte de joyas y de pieles, ¿eh?

—La verdad, Seth fue siempre muy fantasioso. No le creí aunque sí pensaba que un día u otro tendría que cambiar la suerte.

—Si cambia su suerte, no será para bien, precisamente, Audrey. Ella suspira.

—Tendré que buscar el modo de vivir sin él —dice.

—No te faltarán... ingresos —sonríó, malicioso. De repente, me parece oír un ruidito en la puerta.

Salto de la cama y me llevo el índice a los labios. Audrey se cubre presurosamente hasta el cuello. Yo me sitúo junto a la puerta.

Suenan unos pasos cautelosos. Tower asoma la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Dónde está? —pregunta, hoscamente.

—¿A quién te refieres? —dice Audrey.

—Demasiado lo sabes, pedazo de puta...

—En todo caso, puta entera —digo alegremente.

Tower se vuelve hacia su derecha, justo para encontrarse con mi puño. Resopla un poco y cae redondo.

—Siento lo que he dicho hace un instante —me disculpo.

Audrey se ha sentado en la cama, al aire su espléndido torso.

—Ese puerco... —dice, rabiosa.

Me inclino sobre el caído y le quito la pistola que lleva bajo la chaqueta y que va a parar a un rincón. Luego me visto tranquilamente.

Audrey sigue sentada en la cama.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jerry?

—Hermosa, tu marido está complicado en un mal asunto —declaro—. ¿Recuerdas el atraco al furgón blindado?

—Sí... Oh, diablos, él no...

—Oye, ¿cómo crees que iba a conseguir las pieles y las joyas que te prometió? ¿Trabajando como repartidor?

Tower empieza a rebullir.

—Si tienes el estómago delicado, sal del dormitorio —le digo a Audrey.

—No, siento mucha curiosidad. Me quedaré.

Ella sigue en la misma postura, ahora con los brazos bajo los redondos senos. Tower se siente y sacude la cabeza. Yo le agarro por el cuello de la camisa y le obligo a ponerse en pie.

—Seth, quiero saber dónde está Artie Kibble —le digo, muy serio.

Sobreviene un momento de silencio. Tower me mira. Empieza a sudar.

—Se..., se lo diré...

—Me llevarás al sitio donde está escondido —puntualizo.

Tower no es más que pura fachada. Quizá un intermediario, pero mal elegido. No tiene nada de duro.

—Sí —contesta, resignado.

Con la mano izquierda, saco un puñado de billetes, que dejo sobre una consola.

—Para tus gastos, Audrey.

Ella agita la mano.

—Vuelve siempre que gustes, Jerry.

Tower se enfurece al oír aquellas palabras y suelta un par de juramentos. Ella se burla descaradamente.

—¿Por qué te enfadas? Meterse en la cama contigo es lo mismo que meterse con una barra de hielo —dice, despreciativamente.

Empujo a Tower hacia la salida.

—El asunto del atraco os salió mal...

—Eh, oiga, yo no tuve nada que ver con eso —protesta el sujeto, mientras atravesamos el vestíbulo.

—Ya. Seguramente por dicha razón, te encargaron de cuidar a Kibble, ¿verdad?

—No, no; yo sólo me encargué de buscar una casa. No me dijeron para qué la querían.

—¿Quién te lo encargó?

—Barth.

—Y él, naturalmente, avisó del día en que iba a producirse el atraco.

Tower calla. Es todo un síntoma.

Indudablemente, no actuó en el asalto, pero sí estaba enterado del día y la hora en que se iba a efectuar. Barth le dio el mensaje, él lo transmitió... y luego, los dos supervivientes del asalto, se refugiaron en la casa que ya tenían preparada con tiempo suficiente.

Al llegar junto al coche, le entrego las llaves.

—Conduce tú —ordeno—. Y recuerda mi puntería.

Tower se estremece de pánico.

—Prefiero no pensar en ello —dice sinceramente.

Rodamos durante una hora larga. Después, ascendemos una carretera en que serpentea por la falda de una montaña de considerable elevación. Hay algunas residencias aisladas. De cuando en cuando suenan ladridos de perros de guarda.

De pronto, los faros del coche iluminan una casa solitaria, cuyas luces están completamente apagadas.

—Ahí es —indica Tower.

Reflexiono sobre lo que me conviene hacer.

—Para y bájate —ordeno.

Tower obedece. Segundos más tarde, está dentro del maletero del coche. Cierro con llave. Luego apago las luces del coche.

Avanzo con precaución hasta la casa. La pistola en la mano, claro.

La veo cerrada, sin luces. Tanteo la puerta con cuidado. No está cerrada con llave.

Entro. Hay un silencio absoluto. De súbito, oigo un sonido que me pone los pelos de punta.

Es un lamento estremecedor, no demasiado ruidoso, pero sí de tonos terroríficos. Alguien se queja, como si estuviese sufriendo un tormento indescriptible.

¿A quién están torturando?

La casa tiene dos plantas. El quejido llega del piso superior. Me arriesgo a buscar el interruptor de la luz, aunque, inmediatamente, salto a un lado, para evitar un disparo inoportuno.

El lamento ha cesado. Vuelve el silencio.

CAPÍTULO VIII

Paso a paso, subo al primer piso, el quejido se repite, ahora con menos potencia. Veo luz que sale de una puerta. Me acerco cautelosamente y, pegado a la pared, empujo suavemente con la mano izquierda.

—Buckie... —jadea el hombre.

Me asomo. Entonces veo un cuadro espeluznante.

Kibble está tumbado sobre una cama revuelta. Tiene barba de varios días y los ojos hundidos y muy brillantes. No cabe duda de que está devorado por la fiebre.

Me acerco a él. Veo unos vendajes sucios, completamente empapados de sangre, seca en algunos sitios, fresca en otros. Pese a todo, siento una infinita compasión por aquel desgraciado.

—Artie...

La mirada de Kibble carece de fijeza.

—¿Eres tú, Jerry?

—Sí. Escucha, voy a llamar para que vengan a buscarte en una ambulancia...

—Por favor, agua... Me muero de sed...

Guardo el revólver y busco agua en el cuarto de baño inmediato. Me pregunto cómo puede encontrarse Kibble en semejante condiciones, si sólo tiene un simple balazo en el hombro derecho.

Le llevo el agua. Bebe un poco, pero no puede seguir tragando.

—Me... muero...

Debe de tener destrozado el hombro. La bala debió pulverizar la articulación, no se puede explicar de otra forma. Y sus «buenos» amigos, lo han abandonado allí miserablemente, para que reviente, me digo, ardiendo de cólera.

Kibble jadea buscando aire. Está en las últimas. De pronto, lanza un aullido, como de can malherido. Luego se convulsiona. Finalmente, su cabeza se dobla a un lado y se va relajando

lentamente. Sus párpados quedan entreabiertos y las pupilas pierden el brillo.

Pongo una mano sobre su pecho. Ya no se perciben los latidos de su corazón.

Busco un teléfono. No lo hay en la casa. Casi me alegro. De este modo, haré una llamada anónima a la policía.

Vuelvo al coche, tras haber apagado todas las luces. Abro el maletero y Tower sale resoplando y maldiciendo.

—Vamos, al volante —ordeno.

—¿Ha encontrado algo? —pregunta.

—Tú, ¿qué crees?

Arrancamos en silencio. Un par de kilómetros más adelante, le ordeno apearse.

—Oiga, no irá a dejarme aquí, tirado...

Le apunto con la pistola.

—Y sin zapatos —añado.

Rechinan sus dientes, pero me muestro inflexible. Cuando se ha descalzado, le ordeno apartarse una docena de pasos. Luego echo sus zapatos en el asiento posterior. Subo de nuevo al coche, doy el contacto y arranco, dejando tras de mí una retahíla de obscenas maldiciones.

Cuando llego a casa, son ya las tres de la madrugada. Iris corre a recibirme y me agarra por los hombros, mientras me mira ansiosamente.

—Creí que no vendrías —dice—. Me ha sido imposible pegar un ojo.

—Estoy aquí —sonrío—. Pero las noticias no son buenas.

—¿Qué sucede? —se alarma.

—Artie ha muerto.

Busco la botella y me sirvo una buena dosis. Mientras trago el *whisky*, me pregunto si esa muerte no se alzará un día como barrera infranqueable a mis pretensiones.

El teniente Ridder está encargado del caso y nos mira alternativamente a Iris y a mí.

—Me pareció desde el primer momento que esta chica no decía la verdad —dice, después de haber oído mi relato.

—Gracias, teniente —contesta ella, muy encarnada.

—Bien, tres de los miembros de la banda están fuera de combate —prosigue el policía—. Sólo queda el cuarto, el que conducía el coche. Oiga, Tyne, ¿no le gustaría ingresar en la policía? Necesitamos buenos tiradores, como usted...

Hago un gesto negativo.

—Prefiero mi actual empleo —declaro.

—Como quiera —Ridder me mira penetrantemente—. Actuando en solitario, ha hecho una buena labor —añade.

—Pero todavía falta algo —digo.

—¿Sí?

—Tres de los atracadores han muerto. Un cuarto, sobrevive, escondido en alguna parte.

—Lo encontraremos. Un testigo pudo verle la cara. Se llama Buckie Ewell —dice Ridder.

—Sí, pero todavía queda un quinto individuo.

—¿Quién?

—El hombre que planeó el atraco, el que sabía que ese día, a las doce, íbamos a llevar casi un millón de dólares al Banco.

Ridder asiente pensativamente.

—Es muy astuto. No ha dejado ningún rastro —murmura.

Me pongo en pie.

—Por mi parte, he acabado —declaro—. ¿Vamos, Iris?

Ella tiende la mano al oficial de policía.

—Gracias, teniente.

—Ha sido un placer, señorita Dolan —contesta Ridder.

Salimos a la calle. Iris respira a pleno pulmón.

—Me parece haber salido de un mal sueño —comenta.

—Sí.

La agarro por el brazo. Caminamos sin prisas por la acera. Iris me hace una pregunta:

—¿Vuelves a tu empleo, Jerry?

—Claro, tengo que vivir —respondo.

—¿Te gusta?

Hago una mueca.

—Es descansado y pagan bien.

—Pero corres muchos riesgos...

—Iris, ¿qué otra cosa sé hacer, sino apretar el gatillo? Además, no sirvo para encerrarme en una oficina ocho horas al día. Y el

maldito Colorado Circus no volverá a renacer de sus cenizas. Por cierto, ¿qué hacías tú todo este tiempo?

—He vivido de mis ahorros —responde—. Pero el dinero se me está acabando. Tendré que volver a Montana.

—¿Montana? —repito, atónito.

—Sí, mis padres tienen allí un pequeño rancho.

Trato de ocultar la decepción que me producen sus palabras. Ciertamente, Iris descubrió que no estaba enamorada realmente de Artie, pero eso no significa que se haya enamorado ahora de mí.

—Está bien. ¿Necesitas dinero para el viaje? Por favor, dilo con toda sinceridad.

Iris vacila un poco.

—Te lo devolveré en cuanto llegue —dice al cabo.

—No corre ninguna prisa —respondo.

Entramos en el coche. Ahora iremos a la casa donde ha estado escondida y luego la llevaré a su apartamento. Hará el equipaje y...

Por la tarde, me despido de ella. Le he prestado quinientos dólares. Iris me da la mano. Tiene los ojos bajos.

—Siempre te recordaré con el mayor afecto —dice.

—Espera, te llevaré al aeropuerto...

—No hace falta; tomaré un taxi. Ya te has molestado bastante por mí.

Dudo un momento, pero, al fin doy media vuelta y salgo de la casa.

Esa noche tardo mucho en conciliar el sueño. Las imágenes de Iris se confunden con las de todos los sucesos que han tenido lugar estos días. Pienso en el atraco, los dos asaltantes muertos, Artie abandonado miserablemente, desangrándose como un perro...

Y también pienso en Granney y en Ricitos y Manitas. ¿Cuál era el papel de estos tres tipos en el asunto?

Aún me quedan dos días, antes de volver al trabajo. Por la mañana lo primero que hago es dirigirme a la casa de Camden Road.

Granney abre la puerta y se queda estupefacto al verme. Luego emite un bufido de rabia.

—Vengo en son de paz —declaro—. Pero, si tienes ganas de jaleo...

Le enseño la pistola y se amansa.

—Entre —farfulla.

—¿Dónde están los otros?

Bray, es decir, Ricitos aparece casi de inmediato.

—Diablos —hace una mueca.

—Hola, Gus —saludo.

—Es preciso reconocer que los tiene bien puestos —comenta.

—Quiere hablar con nosotros —tercia Granney.

—¿Con nosotros? —Es Manitas o, también, Stylet, que aparece en la puerta que da a la cocina y se apoya negligente en la jamba izquierda. Su brazo derecho aparece caído, lacio, pero sé que su estilete surgirá como la lengua de una serpiente si es necesario.

—Así es —digo—. Y será mejor que te olvides del puñal, o te meteré una bala en la mano y te la tendrán que cortar. Repito que he venido en son de paz... Pero si alguno quiere guerra... —añado sibilantemente.

—Está bien, ¿por qué no lo suelta de una vez? —exclama Bray.

—Se trata de la chica que estuvo aquí —digo.

Granney se frota la cabeza.

—Bien supo usted complicarme la vida con aquel condenado «poli» —rezonga—. Oiga, ¿cómo lo hizo?

—Ventriloquia —respondo.

—Oh, como esos artistas que salen y hablan con un muñeco que tienen en la mano...

—Sí, aproximadamente. Bueno, vayamos al asunto. ¿Quién os ordenó traer aquí a la chica?

Granney y Ricitos cambian una mirada. Luego, el segundo se vuelve hacia Stylet. Lexton se encoge de hombros.

—No puede hacernos nada —dice.

—No tengo pruebas contra vosotros —declaro.

—En todo caso, diríamos que ella vino aquí por su propia voluntad —interviene Granney.

—Repito que no quiero perjudicaros. Sólo quiero saber por cuenta de quién hicisteis la faena.

Hay un momento de silencio. Luego, de pronto, Granney agarra a Bray y se lo lleva junto a Lexton. Los tres sujetos conferencian durante casi un minuto, cuchicheando con las cabezas muy juntas. Al fin, se vuelven hacia mí.

—Buckie —dice el grandullón.

—¿Ewell? —exclamo.

—Sí. Nos buscó. Dijo que tenía un trabajito para nosotros. Quinientos «pavos». Fuimos a buscar a la chica y la trajimos aquí.

—También vinisteis a mi casa para decirme que me olvidara de ella.

—Bueno, fue cosa de Buckie.

—Parece que le tenéis mucho afecto —comento, sarcástico.

Granney tuerce la boca.

—Hay que vivir —responde—. Y no tocamos a la chica en absoluto. Fuimos muy corteses con ello.

—Eso os ha evitado la castración —digo con dureza—. ¿Dónde está Buckie?

Ricitos enseña las manos vacías.

—Le vimos el primer día. Después, nos daba órdenes por teléfono —declara.

—Así que no sabéis dónde está...

—No. Podemos indicarle un par de sitios y a una fulana que es su amiga, pero, créame, esa mujer no le dirá nada, porque está igual que nosotros. Buckie es más callado que una tumba para ciertas cosas —declara Lexton.

Les miro a la cara. Son sinceros. En realidad, hampones de cuarta categoría, que han desempeñado un trabajo secundario. Nada de importancia.

—Oiga, ¿por qué quiere buscar a Buckie? —pregunta Granney súbitamente.

Es curioso. Ahora pienso en Kibble, con el hombro destrozado, desangrándose, sin un médico que le curase... Hizo su papel en el atraco y no era suya la culpa, si salió mal, pero sus compinches lo abandonaron de mala manera.

—Tengo que ajustar una cuenta con él —respondo.

Abandono la casa. Estos tipos no han podido decirme nada. Pero hay una persona en la ciudad, que es un archivo viviente.

De nuevo estoy sentado en un ángulo de la mesa, al otro lado de la cual se halla Tina 2 T. Ella me ha servido un *whisky* y lo tomo a sorbos.

—No has venido aquí para verme —dice Tina.

—Eres un archivo viviente —la halagó.

—Lo que también significa momia.

—Las momias son piel y huesos y están vendadas —contesto—. Y no piensan —añado.

Tina suelta una palabrota de las suyas.

—¿Por qué no desembuchas de una vez?

—Buckie Ewell —digo.

—¿Te interesa mucho ese tipo?

—Moderadamente. Conducía el coche de los atracadores. — Bueno, el asunto está concluido...

—No —contradigo.

—¿Por qué?

—Tres de los asaltantes están muertos. Faltan Buckie y otro.

—¿Otro? ¿Quién? —Se extraña Tina.

—El autor del plan.

Ella asiente con repetidos movimientos de cabeza.

—Ya entiendo —murmura.

Calla un momento y luego agrega:

—Pero eso a ti no tiene por qué importarte. En todo caso, a tu compañía, y salvó el dinero...

—Quiero encontrar a Buckie, para que me diga quién es el número cinco —insisto.

Apuro el *whisky*, dejo el vaso y me levanto.

—Pero si no puedes decirme nada...

Tina alza una mano regordeta.

—Espera —dice, muy pensativa—. Tengo una idea... Pero no puedo decir nada, hasta que lo compruebe. ¿Eh?

—¿Tardarás mucho?

—No lo sé. Es una cosa muy delicada... Tengo que actuar con mucha diplomacia. Ve a casa, ya te llamaré.

—Está bien.

Salgo del Fortune. Cuando llego a mi apartamento, voy al baño y me doy una ducha. Luego me tiendo en la cama.

Me siento profundamente deprimido. Ya no veré más a Iris.

CAPÍTULO IX

Sólo tengo un día por delante. Mañana habré de volver al trabajo. Permanezco en casa todo el tiempo, pero Tina no me llama.

Al hacerse de noche, suena el teléfono. Me abalanzo sobre el aparato y doy mi nombre:

—Tyne.

—Hola, Jerry.

Es Ruth. Maldigo entre dientes. Tiene ganas de divertirse. Me disculpo como puedo. Ella dice que no la olvide. Bueno.

Un poco más tarde, es Lorrie la que llama. Quiere interesarse por mi salud.

—Mejoro, gracias.

—A ver si te pones bueno del todo muy pronto —dice—. Estoy ensayando un numerito sensacional.

—¿Sola?

Lorrie ríe cínicamente.

—Bueno, delante del espejo —contesta.

—Tiene que resultar interesante.

—Resultará, te lo garantizo —dice la viciosa.

Será mejor dejarla de lado, pienso, al volver el teléfono a la horquilla. Estoy nervioso. Tina no me llama y si ella no consigue averiguar nada, tendré que dejar este asunto de lado.

Enciendo el televisor. Pero mi mente está muy lejos de las imágenes que aparecen en la pantalla. Esa película idiota de vaqueros y pistoleros...

Exasperado, me visto. Iré al Fortune. No puedo soportar la espera un minuto más. Súbitamente, estalla el timbre del teléfono.

Ahora sí, ahora es Tina.

—¿Jerry?

—Yo mismo, encanto.

—Ven a mi despacho a las doce. Antes no podré atenderte.

Tengo algo muy interesante para ti.

—O. K.

Respiro aliviado. Lo que Tina no consiga, me digo satisfecho...

La película de vaqueros y pistoleros sí me divierte ahora. A las once y media en punto, apago el televisor.

Cuando llego al Fortune, busco la entrada lateral. Subo por una escalera independiente al primer piso y llamo al despacho a Tina. No recibo respuesta.

Empujo la puerta. Me quedo helado.

Tina está derrumbada a un lado en su sillón, con una herida en el cuello. No hay duda: esa yugular ha sido atravesada y se ha desangrado como un cerdo en el matadero.

Respiro hondamente. Ya no podrá decirme nada. Pero ¿quién diablos...?

Dudo un momento y luego me acerco a la mesa. Veo un trozo de papel escrito con letra irregular. Es una dirección, aprecio en seguida, y me guardo el papel en el bolsillo. Evidentemente, el asesino se marchó creyéndola muerta. Tina reunió todas sus fuerzas y escribió el mensaje que sabía ya no podría decirme de palabra.

Salgo sin hacer ruido. No me cabe la menor duda de que Buckie ha sabido ser listo, infernalmente listo, porque sólo él es capaz de una cosa semejante. He sospechado en un principio de Frisco Lexton, pero la herida es más ancha que su estilete. Sin duda, ha empleado una navaja automática vulgar. Pero no por ello resultó menos eficaz.

Regreso a casa. Es ya muy tarde y mañana tengo que tomar el servicio. Cuando acabe mi jornada acudiré a esa dirección.

Abro la puerta. Entro. El techo cae sobre mi cabeza. O me lo parece, porque oigo un ruido atronador, veo un millón de estrellas y luego pierdo el conocimiento.

Cuando abro los ojos, diviso turbiamente al teniente Ridder y a un par de agentes de uniforme. Ridder me mira atravesadamente.

—¿Por qué lo ha hecho, Tyne? —pregunta.

Estoy en un sillón. La nuca me duele horribilmente.

—¿Cómo dice?

Ridder sujeta con un pañuelo una navaja automática.

—Todavía hay manchas de sangre —dice.

Empiezo a comprender.

—Me está acusando de un asesinato —exclamo.

—Las pruebas están contra usted, Tyne.

—¿Quién es el muerto? —Simulo ignorancia.

—Vamos, vamos, no se haga el tonto. Demasiado lo sabe... Pero, puesto que estaba borracho perdido cuando llegamos a su casa, le refrescaré la memoria. La víctima es Tina Sheldon, alias 2 T. Tiene el cuello cortado. Bueno, mejor dicho, usted le clavó la navaja en la yugular...

—Espere un momento, teniente —suplico—. Ha dicho que me encontró en el suelo, completamente borracho.

—Apestaba a licor —dice, insultante.

—Muy bien. Llame al forense, inmediatamente. —Miro mi reloj; apenas ha pasado de la una de la madrugada—. Llámelo; quiero que me extraiga una muestra de sangre. Si es cierto que estaba ebrio, aún debo conservar rastros de alcohol en la sangre.

Ridder frunce el ceño. Yo prosigo:

—Dice que le clavé la navaja en la yugular. —Me levanto—. ¿Sabe lo que pasa cuando se perfora una yugular? A veces, la sangre salta hasta un metro de distancia. ¿Dónde hay rastros de sangre en mi ropa?

—Pero la navaja...

Me llevo la mano a la nuca.

—Toque aquí —indico—. Encontrará un bulto monumental. Sí, ya sé que apestaba a licor, aún puedo olerlo, pero el *whisky* está por fuera, no por dentro. Y el que me sorprendió, cuando yo regresaba a mi casa, dejó la navaja con la que había asesinado a Tina, para culparme del crimen. Además, ¿cómo diablos han venido tan pronto? Ya, ya sé lo que me va a contestar; una llamada telefónica y todo ese rollo. ¿Eh?

—¡Pero usted ha estado esta noche en el despacho de Tina! —grita el teniente.

—¿Y qué? —No puedo negarlo, porque encontrarán mis huellas dactilares en la puerta, por lo menos—. También ayer estuve. Pero eso no significa que sea el asesino. Si me encierra en la cárcel, mi abogado me sacará antes de que tengan tiempo de dar vuelta a la llave en la cerradura. Lo primero que querrá saber es cómo vinieron directamente a mi casa. ¿Puede fiar en la declaración de un testigo anónimo, que «dice» haberme visto cometer el crimen?

Ridder comprende que el caso está en su contra y se levanta.

—Al menos, podría decirme a qué fue a casa de Tina —gruñe.

—Ella estaba pensando en montar mi número en su local. Ya sabe, un tirador maravilloso, una chica bonita con un pitillo en los labios... Estábamos discutiendo las condiciones económicas. No acabábamos de establecer un acuerdo, eso es todo.

—Pero, entonces, ¿por qué diablos la han asesinado?

—Ah, eso es cosa suya —respondo indiferente. Alargo las manos hacia él—. ¿Me ponen las esposas?

—Váyase al diablo —farfulla Ridder. Hace un gesto a sus subordinados y se marchan todos.

Yo voy al baño y me tomo un par de aspirinas. La cabeza sigue doliéndome. Tardo mucho en dormirme.

Una y otra vez me pregunto quién ha sido el asesino de Tina. ¿Buckie Ewell? Pero el sujeto parece haberse convertido en humo.

Por la mañana, aunque de muy mala gana, vuelvo al trabajo. Roger Smith y yo volvemos a estar emparejados. Hoy nos toca ir recogiendo sacos con dinero por diferentes empresas, para llevarlos a un Banco. A las cuatro de la tarde terminamos la tarea. Me despido de Smith y vuelvo a casa a cambiarme de ropa. Dejo el uniforme, me visto cómo de costumbre y salgo a la calle.

Media hora más tarde, estoy frente a la casa cuya dirección dejó escrita Tina antes de morir. Es un edificio antiguo, de cuatro pisos, con la escalera de incendios a la vista. Tina señaló el apartamento 3 C.

Entro en la casa. Huele a comida agria. Oigo llorar a un chiquillo. Una vieja se asoma y me mira recelosamente. Sigo subiendo y llego a la tercera planta. Busco la letra C.

Maquinalmente, acaricio la culata de mi pistola. Llamo con los nudillos. Una voz malhumorada pregunta qué quiero. Respondo que he venido a ver a Buckie.

La puerta se abre. Un tipo de mediana estatura, rechoncho, de pelo rizado con un gran bigote, me contempla especulativamente.

—¿Qué quiere de Buckie? —pregunta.

—Es un asunto entre los dos —respondo.

—Pues no sé...

Enseño un billete de veinte dólares. El bigotudo se ablanda.

—Usted no es policía —dice.

—No.

—Si Buckie se entera de que yo he dicho algo, me costará caro. Entiendo lo que quiere decir y saco otro billete.

—Es mi última «palabra» —advierto.

—Ayer estuve hablando con él. Sé que mañana estará en una casa de campo que tiene a unos diez kilómetros, hacia el Norte.

—¿Cómo lo sabe? —pregunto.

El fulano sonríe.

—Mi hermana irá allí a las tres.

—Está bien. Puesto que Buckie puede enfadarse, usted no le dirá nada de mi visita.

—Descuide.

Abandono la casa. Satisfecho, pienso que mañana Buckie y yo vamos a vernos las caras. Ahora no se trata de Kibble, sino de Tina 2 T. Esa puñalada en el cuello tiene un precio.

Smith y yo trabajamos normalmente durante el día. En una de las paradas, Smith hace un comentario:

—He oído algo sobre un transporte de los gordos.

—¿Mucho dinero? —digo, indiferente.

—Dos millones.

—No está mal. —Enciendo un cigarrillo y pongo el pie sobre la repisa—. ¿Se sabe adónde?

—Aún no lo han dicho. Es cosa del nuevo supervisor, Bedloe.

—¿Cómo has dicho, Roger? —Respingo.

—Bedloe, Matt Bedloe. Acaba de ocupar el puesto del anterior, que se ha retirado por la edad.

—Por todos los diablos...

—¿De qué te extrañas, Jerry? —Se intriga mi compañero.

—No sabía que Bedloe trabajase en la compañía.

—Bueno, él estaba en otra división. Yo llevo años en el empleo y me pasaba meses y meses sin saber de él. Ahora lo veremos casi a diario.

Es curioso, me digo. Estas grandes empresas son absolutamente impersonales. Apenas si se conocen los empleados entre sí más que los íntimamente relacionados por su cargo. Cuando conseguí el empleo, me entrevisté con el jefe de personal, un hombre maduro, cortés y amable, al que no he vuelto a ver. Me pregunto por qué Ruth no ha mencionado jamás el hecho de que su esposo sea un

ejecutivo de la compañía.

Termina la jornada de trabajo y corro a casa. En pocos minutos me he cambiado. Inmediatamente, salgo hacia la dirección que me indicó ayer el bigotudo.

Treinta minutos más tarde, avisto la casa, solitaria en la ladera de una colina, entre los árboles que abundan por aquellos parajes. Detengo el coche a unos treinta metros y me apeo. Cuando pongo el pie en el suelo, percibo el estampido de un arma de fuego.

CAPÍTULO X

El proyectil me quema la oreja izquierda. Todavía se notan en el aire los ecos de la detonación, cuando ya estoy arrojándome al suelo. Suenan más disparos. Se hunden en el motor, en la carrocería. Estalla una rueda. Protegido por el coche, maldigo entre dientes. El amigo de Buckie se ha «chivado», eso está bien claro.

Los disparos cesan por un momento. Me incorporo un poco, arrodillado tras el motor. Asomo cautelosamente la cabeza. Veo algo en una ventana de la planta baja. Buckie está allí, con su rifle. Mi pistola, a esa distancia, es completamente inútil, pese a mi puntería.

Examino el paisaje. A diez metros, un poco más adelante, veo un árbol de grueso tronco. Si pudiera alcanzarlo, me digo...

Llevo puesta la cazadora y me la quito rápidamente. Luego la pongo encima del motor. Un disparo la hace volar inmediatamente por los aires. Me lanzo hacia adelante. Hago un quiebro, así evito el siguiente proyectil. Luego alcanzo el árbol y me arrodillo detrás. Otra bala se hunde sordamente en el tronco.

Noto cierto calorcillo en el cuello. La oreja sangra. Estoy vivo por un par de centímetros.

—Imbécil, debiste apuntar al bulto y no a la cabeza —murmuro.

Pero el tipo, sin duda, quería asegurar el tiro. Cometió un error, porque estoy vivo.

Me asomo centímetro a centímetro. Ahora reina un silencio sepulcral. Pero he ganado casi diez metros y creo que puedo utilizar el revólver. El cañón del rifle asoma todavía por la ventana. Tomo puntería y disparo cuatro veces en rápida sucesión, elevando un poco el cañón. De pronto, oigo un ruido raro, como de tañido de una campana rajada. He conseguido un impacto en el rifle, por lo menos.

No hay respuesta de Buckie. Quizá lo he herido, pienso.

Recargo el revólver. Aguardo unos segundos y luego, de repente, echo a correr hacia la casa, protegiéndome con los árboles. Así llego a la ventana desde la que me tiroteaba Buckie.

Espero unos segundos. Luego grito:

—¡Buckie!

De súbito, oigo un ruido atronador. Me pongo rígido.

Buckie está ileso. Ese ruido es el de una motocicleta. ¿Por dónde diablos saldrá?

Me aparto un poco de la casa, mirando hacia las dos esquinas. Bruscamente, aparece la moto, rugiendo ensordecedoramente. Su conductor está agachado sobre el manillar.

¡Maldición, Buckie quiere atropellarme! Salto a un lado, tropiezo en algo y caigo de espaldas. El revólver salta de mi mano. La moto se aleja atronando el ambiente. Pero, sin embargo, he conseguido captar una visión inolvidable en una fracción de segundo.

Me pongo furioso. Ayer estuve charlando con Buckie. ¡Y le di cuarenta dólares, para que me atrajera a esta trampa! ¡Era él quien escapaba a bordo de la motocicleta!

Me pongo en pie. La moto se aleja y se desvanece, junto con el petardeo de su motor. Doy una patada en el suelo. Buckie debe de estar partiéndose de risa a mi costa.

Recobro el arma. Ni siquiera entro en la casa. Buckie es muy listo; no habrá dejado el menor rastro que pueda comprometerle. Otra vez tornará a esconderse... Y ahora no dispongo de Tina para conseguir informes.

La rueda delantera derecha está deshinchada. Suspiro, mientras busco los elementos necesarios para el cambio. Al fin, media hora más tarde, decepcionado y frustrado, emprendo el regreso.

Entro en casa cuando ya es de noche. Al quitarme la cazadora, contemplo con lástima el agujero de la bala. Tendré que comprarme otra. Voy al frigorífico y saco una lata de cerveza. Cuando la termino, me dispongo a abrir otra, pero veo que ya no hay más.

Mi ceño se arruga. ¡Qué raro! Juraría que anoche quedaban dos latas. Había pensado en ir de compras al supermercado, para reponer algunas provisiones, pero la maldita entrevista con Buckie Ewell me lo ha impedido.

Me siento preocupado. La asistenta no es aficionada a la cerveza. Si se tratase de *whisky*... A veces sopla un poco, pero nunca ha

tocado una sola lata de cerveza.

Abro la puerta de un armario situado a ras del suelo. Sí, allí está la lata, vacía. Bueno, pienso, tal vez hoy haya hecho Sara una excepción. En vista de que no puedo tomarme la segunda ración, saco hielo y me preparo un buen vaso de *whisky* al que, además, añado bastante agua.

Estoy así durante unos minutos. De pronto, recuerdo algo y me levanto de un salto. Acabo de ver en un rincón una arrugada envoltura de cigarrillos. Alguien terminó el paquete, hizo una bola y lo arrojó a un lado. Yo nunca hago tal cosa.

Y, sobre todo, el tabaco no es de mi marca.

¿Quién ha estado en mi casa?

Registro todo cuidadosamente. No, no me han puesto una trampa explosiva. Entonces, ¿qué diablos ha estado haciendo el intruso?

Al cabo de un rato, y puesto que no puedo conseguir nada, recuerdo un detalle. Me visto de nuevo y salgo a la calle. Diez minutos más tarde, estoy llamando a la puerta de la casa de Ruth Bedloe.

Ruth aparece en el umbral, con salto de cama. Sus cejas se levantan al verme.

—No te esperaba, Jerry —dice, un tanto fría.

—¿Tienes visita? —pregunto.

—No. Pero entra, no te quedes en la puerta...

—Gracias. De todos modos, voy a ser muy breve.

Ruth cierra y se vuelve hacia mí.

—Habla, Jerry.

—Se trata de tu esposo.

—Bueno, ya conoces sus «debilidades». —Suelta una risita—. Pero es un tipo muy comprensivo, muy civilizado. No se opone a que yo también tenga mis «debilidades».

—No se trata ahora de eso. Resulta que hoy me he enterado de que ocupa un alto puesto en la empresa donde yo trabajo.

Ruth va a una mesita, abre una caja de alabastro verde, saca un cigarrillo, lo golpea un poco y luego se lo pone entre los labios.

Le acerco el encendedor. Ella expulsa el humo por boca y narices. Luego me mira con los ojos entornados.

—No creo que eso importe ahora mucho, ¿verdad? —dice con voz tensa.

—¿Por qué tendría que importar algo? —Contesto—. Pero tú sabías quién era yo. Deberías haber hecho algún comentario...

—Pero no quise hacerlo.

—¿Puedo saber los motivos? Me dijiste todo de tu esposo, salvo que él y yo estamos en la misma nómina.

Ruth inspira profundamente. Esos senos, que se marcan tan reveladoramente bajo el salto de cama, me encienden la sangre. Sin embargo, mi cerebro está muy frío.

—Voy a ser sincera contigo, Jerry —dice ella—. Matt puede tener muchos defectos, incluso «ése», nada agradable. Pero en otro orden de cosas, es un hombre muy rígido, casi prusiano diría yo. No en vano ha llegado donde está, creo.

—Eso parece razonable. Sin embargo, no acabo de entender...

—No quería que te aprovecharas de la situación para que me pidieras te recomendase a él. Matt sólo asciende a los que cree que valen.

—Ah... Sí, parece lógico.

—Además, di por sentado que, siendo empleado de esa compañía, sabrías que él también trabaja allí. Pensé que no querías mencionarlo por... digamos delicadeza...

Mi tensión se relaja. Sonrío.

—Sí, tienes razón. Dispénsame si te he molestado.

—Oh, Jerry, No seas absurdo. ¿Quieres tomar una copa?

—No, gracias.

—¿De veras? —dice, insinuante. De pronto, agarra una de mis manos y la lleva al pecho, haciendo que entre bajo la ropa y encierre en ella uno de sus redondos y firmes pechos—. ¿De verdad no quieres quedarte a tomar una copa?

Hago un gran esfuerzo y retiro la mano.

—Estoy cansado —me disculpo—. Hoy he tenido un día de mucho ajetreo.

—Bueno, no olvides que puedes venir siempre que quieras —dice Ruth, tratando de ocultar su decepción.

—Lo sé —me despido.

Salgo a la calle y respiro a pleno pulmón. ¡Uf, qué mujer!

Pero me siento mucho mejor. Lo que hemos hablado ha calmado

mis nervios. De todos modos, sigo preocupado por otro motivo.

¿Quién diablos ha entrado en mi casa y a qué?

Al volver, miro el teléfono. No, no han escondido ningún micrófono de escucha.

¿Entonces...?

Como, por el momento, no puedo resolver el problema, me meto en la cama. Mañana hay que trabajar.

A las siete en punto de la tarde llamo a una puerta. Bajo el brazo izquierdo llevo una gran caja. La puerta se abre. Lorrie Spaulding me mira como si contemplase a un fantasma.

—Jerry...

—Te he traído un obsequio —digo—. Quiero que lo celebres.

—Celebrar, ¿qué?

—El error de un médico incompetente.

Lorrie me mira y sonrío.

Pero ¿todavía hay en este mundo médicos que no sepan...?

Confundieron el análisis. Lo que yo tenía era una ligera inflamación de riñón. Y eso se refleja, a veces, en... Bueno, imagínatelo.

Lorrie se echa a reír estruendosamente.

—Si tuviera un perro, no se lo confiaría a ese matasanos —exclama, a la vez que me agarra por un brazo y tira de mí hacia dentro—. Tenemos que celebrar también otra cosa, Jerry.

—¿Sí?

—He encontrado un buen empleo.

—Acróbata en una cama elástica.

—No, tonto. Ayudante del director de tráfico de una compañía de transportes.

Lorrie abre una botella y llena dos vasos.

—Mira, no puedo negarlo; los hombres me chiflan —dice, sincera—. No hay nada mejor para divertirse que un hombre. Yo tenía una compañera que decía que, a veces, otra mujer también resulta agradable. Y hasta mejor que un hombre, ¿comprendes?

—Sí, algunas piensan así.

—Pero no tengo el estómago suficiente para salir desnuda a un escenario y aguantar las marranadas que te dicen los hijos de puta que están abajo. Lo hice una vez. Tenía que actuar en dos ocasiones la misma noche. Cuando terminé la primera de las actuaciones, me

marché sin esperar siquiera a cobrar. El dueño quiso cerrarme el paso, pero le pegué un rodillazo en los huevos que lo tiré de espaldas. Cuando me desnudo delante de alguien, es porque se trata de uno que me gusta. ¿Lo has entendido?

—Con toda claridad, preciosa.

—Por cierto, mi nuevo jefe me mira con ojos tiernos... Es todo un tipo. Pero también un poco tímido. —Se echa a reír—. Dejemos esto ahora, Jerry; tú has venido y eso es lo que importa. Oye, ¿qué hay en esa caja?

—Bombones, pensé primero en traerte una botella de lo bueno... pero luego me dije que los bombones resultarían mejor...

Lorrie me besa impetuosamente.

—Eres un encanto —dice—. ¿Quieres aguardar unos minutos?

—Claro.

Ella se marcha corriendo al interior del apartamento. Enciende un cigarrillo. Cuando estoy terminándolo, reaparece Lorrie.

Se ha puesto una cosa que parece telaraña, de color negro, y tiene el pelo suelto y los ojos muy brillantes.

Esa cosa que lleva puesta no tapa lo que se dice nada.

Avanzo hacia ella.

La estrecho en mis brazos.

Lorrie suspira. Su mano sube, revuelve mi pelo un poco y luego, de golpe, empuja mi cabeza hacia adelante, de modo que mi boca vaya al encuentro de la suya.

—Vamos a celebrar el error de ese médico inepto —suspira.

Me quedo un poco sorprendido de que ella tome la iniciativa. Pero al momento soy yo el que dirige la acción.

Y vaya si lo celebramos. Un buen rato más tarde, caemos agotados.

—Jerry, eres exactamente tal como había sospechado —me elogia.

—Gracias, nena.

—Soy sincera. ¿Tornamos un trago?

—Bueno.

Se levanta y, desnuda, va en busca de la botella, vasos y hielo. Al cabo de un minuto, me entrega un buen «reconstituyente». Ella se sienta en el borde de la cama y sonríe satisfecha.

—¿Tienes prisa? —pregunta.

—Ninguna. —Tomo un sorbo y me vuelvo hacia ella, quedando apoyado en un codo—. ¿Qué sabes de tu jefe? —pregunto.

—Nada. Sigue en chirona. Es decir, si te refieres a Barth...

—A él me refiero, naturalmente. ¿Estuviste mucho tiempo en su oficina?

—Algo más de dos años, muy poco más.

—Entonces, verías a mucha gente...

—Bastante. Oye, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Ando buscando a un tipo de estatura regular, fornido, de cara redonda, pelo rizado, con un gran bigote. Se llama Ewell.

—¡Ewell! —Respinga Lorrie—. Pero Ruddo no lleva bigote.

—¿Cómo has dicho? —me sorprende.

—Ruddo. Ruddo Ewell. ¿O es Buckie al que buscas?

Me paso una mano por la frente.

—Lorrie, explícate de una vez —solicito—. O me volveré loco...

—Es que son dos gemelos, tan idénticos, que para no confundirse, uno de ellos se dejó el bigote. El que más se dejaba ver por la oficina es Ruddo. Al otro sólo lo vi un par de veces...

—De modo que gemelos, ¿eh?

—Y, por lo que me dijo Barth en cierta ocasión, muy unidos. Terriblemente unidos, Jerry.

Asiento con lentos movimientos de cabeza. Sí, lo que dice Lorrie tiene mucha lógica.

—¿Sabes dónde vive Ruddo? —pregunto.

—Te lo diré, pero ten cuidado, Jerry. Son gente muy muy mala.

—No te preocupes —sonrío.

Terminamos las bebidas. Lorrie se inclina hacia mí.

—¿Continuamos? —murmura.

—La abrazo con fuerza. Es mi respuesta.

CAPÍTULO XI

—Creo que será pasado mañana —me dice Smith, apenas salimos del patio de estacionamiento de los furgones blindados, para dar comienzo a la jornada cotidiana.

—Ugh... —contesto, distraído. Estoy pensando en la visita que debo hacer a la tarde a Ruddo Ewell.

—Habrá que tener los ojos bien abiertos, Jerry.

—Bueno... Oye, ¿de qué estás hablando?

—Del envío de los dos millones, hombre.

—Perdona, estaba distraído. No te preocupes, llegarán a su destino —aseguro.

Ya no mencionamos más el tema y nos concentramos en la tarea. A veces, durante el día, me parece nos están vigilando, pero no podría asegurarlo. La visita que por la tarde debo hacer a Ruddo Ewell no me impide actuar en todo momento con el máximo de precauciones.

Pienso tristemente en Iris. Estará allí, en su Montana natal, en el rancho de sus padres... Quizá no vuelva a verla más en la vida. Olvidará todo lo que ha pasado, me olvidará a mí... y un día encontrará a un hombre y será su esposa...

El cigarrillo me sabe de repente a hiel y lo tiro con furia. Smith me mira sorprendido, pero no dice nada.

En cuanto me despacho, salgo disparado hacia la casa de Ruddo. Espero que no haya cambiado de domicilio. Llamo a la puerta apenas llego, pero no me contesta nadie.

Insisto. El apartamento de Ruddo está en una cuarta planta. Veo al fondo la ventana del corredor y se me ocurre una idea.

Por esa ventana, salgo a la plataforma de la escalera de incendios. Luego me acerco a una de las ventanas del apartamento de Ruddo. Miro a través del cristal. Parece desierto.

Tanteo el bastidor. Saco la navaja y hago fuerza. Salta el

pestillo.

Entro y miro a mi alrededor. La casa parece desierta.

Me asomo a la cocina, que está en desorden. El dormitorio y el baño aparecen vacíos. Ruddo no está, es evidente.

De pronto, veo algo sobre una de las repisas del baño. Lo tomo con dos dedos, mirándolo incrédulamente. Es un bigote postizo, grande, frondoso.

Sonrío para mis adentros. Ahora ya comprendo. Los Ewell son tan idénticos que, cuando les conviene, Ruddo se hace pasar por Buckie y viceversa. Todo consiste en un bigote de quita y pon.

Dejo el mostacho en su sitio. Por ahora, no me conviene que sepan he averiguado la verdad. Bien, puesto que no tengo prisa, me sentaré a esperar a Ruddo.

Transcurre una hora. Ruddo no da señales de vida. Tengo sed y me voy al frigorífico. Agarro una lata de cerveza. La miro antes de abrirla. Es curioso, resulta de la marca que yo uso y que no es demasiado común. Hay más latas, pero son de otra marca.

Eso me da una idea. ¿Ha sido Ruddo el que estuvo en mi casa? Me digo que se lo preguntaré cuando vuelva, pero el tiempo pasa y no da señales de vida. Al fin, cansado de esperar, abandono el apartamento.

La casa no tiene conserje. Llamo al piso contiguo. Una vecina suspicaz me dice que ha visto a Ruddo marcharse con un maletín en la mano. Cree que se ha ido de viaje a visitar a una hermana que tiene no sabe dónde. Doy las gracias a la mujer y me marchó. Ruddo se ha oído que podía buscarlo y ha juzgado conveniente emprender una prudente retirada.

Pero no tengo prisa. Esa clase de tipos no pueden estar mucho tiempo alejados de su campo de operaciones. Un día u otro volverá a la ciudad y entonces le sentaré la mano encima. A él y a su hermanito, claro.

Bedloe nos saluda amablemente en su despacho al día siguiente. Una pulcra secretaria sirve café y nos deja solos.

—El transporte de mañana asciende a casi dos millones —dice—. Creo que sería conveniente establecer la ruta desde ahora mismo.

Abre una cigarrera y nos ofrece. Roger Smith agarra un puro y se lo pone entre los dientes. Yo rechazo el ofrecimiento

cortésmente.

—El dinero irá al Banco de la Reserva Federal, en Los Ángeles —continúa Bedloe, después de una pausa—. A las nueve de la mañana, lo cargarán en el «Trust», por la puerta trasera. A las dos de la tarde, pueden estar en su destino. Una vez hayan hecho la entrega, les autorizo a que se queden en Los Ángeles un par de días. Naturalmente, habrán de dejar el furgón blindado en el aparcamiento de nuestra compañía.

—Un trayecto algo largo —objeto.

—Lo sé, pero ésas son las instrucciones que hemos recibido —contesta Bedloe—. Además, viajarán por rutas secundarias, para evitar posibles tentaciones. En el furgón se han borrado los rótulos y le han añadido un par de ventanillas falsas en los costados, a fin de cambiar su apariencia. También le han puesto una parrilla distinta en el motor. Simplemente, parecerá un vehículo comercial cualquiera.

—Podrían ponerle el rótulo de una compañía inexistente —sugiere mi conductor.

—Ya lo están haciendo —sonríe Bedloe—. El nombre de esa compañía es Gillighan *Express*.

Saca un mapa y lo extiende sobre la mesa. Veo unas líneas en rojo.

—Éste es el itinerario —continúa—. He señalado un par de puntos donde podrán repostar de gasolina, pero sin que se apee más de uno de los dos. Si tienen necesidades físicas, háganlo en el campo, en un lugar desierto. No compren nada en las estaciones de servicio; llévense termos con café y bocadillos. Olviden la cerveza o cualquier otra bebida alcohólica, al menos, hasta que hayan entregado el dinero. ¿Está claro?

Smith y yo asentimos al mismo tiempo. Bedloe dobla el mapa y me lo entrega.

—Estúdienlo juntos con todo detenimiento —aconseja—. Ah, y respecto al dinero, sólo los ejecutivos y ustedes dos conocen el punto de destino. Bueno, también el director del «Trust», como es de suponer. Pero en nuestra empresa, no lo sabe nadie más, ni siquiera los empleados del taller. Al ver que modificamos un poco el furgón, pueden imaginarse que se trata de un envío importante, cosa que no podemos evitar. Pero es lo único que saben y, por

supuesto, no conocen la ruta.

Bedloe sigue sonriendo.

—Hoy no les he asignado ningún servicio, así podrán estar frescos y descansados para mañana —añade.

Le damos las gracias y nos marchamos. Smith y yo repasamos el mapa en una cafetería cercana. Luego nos separamos.

Preparo todo por la noche. Procuro dormir bien; nos espera una jornada un tanto fatigosa. A las ocho en punto, me reúno con Smith. El encargado de los talleres asegura que el furgón se encuentra en perfectas condiciones. Smith prueba el motor. Escucha atentamente durante unos segundos y asiente, satisfecho.

Salimos del patio y vamos al «Trust». La carga del dinero se hace rápidamente. Hay un par de vigilantes del Banco como refuerzo, pero sólo durante la operación. Luego, Smith y yo ocupamos nuestros puestos.

Las dos primeras horas transcurren monótonamente. Repostamos en una gasolinera y continuamos. A los pocos minutos, paramos fuera del camino, a la sombra de unos árboles. Por turno, para no perder de vista el furgón, vamos al otro lado de unos matorrales. Luego comemos unos bocadillos y bebemos café. Hace un día maravilloso. Pasan algunos coches. Sus ocupantes nos miran. Suponen que somos dos transportistas, que nos hemos tomado unos minutos de descanso, ya que, como es lógico, ni siquiera vamos uniformados.

Reanudamos la marcha. Smith conecta la radio, para entretener la monotonía del camino. Un famoso cantante interpreta una melodía de mucho éxito: ¡Cómo has progresado, Johnny!

—Cuando vuelva, le regalaré el disco al señor Bedloe —dice Smith bienhumoradamente.

—Sí, él también ha progresado —comento.

—Un día se convertirá en el jefazo máximo. No se puede decir que no tenga suerte, aunque también trabaja como un negro.

—Los blancos, ¿no trabajan? —digo riendo.

—Era sólo una frase, hombre.

—De todos modos, un tipo como él parece que no debería progresar tanto.

—¿Por qué no? Es activo, listo, competente...

—Sí, pero tiene un defecto. Bueno, bien mirado, hoy día no se le

da tanta importancia, pero me parece que en estas compañías, se debería tener más en cuenta. A pesar de todo, la gente sigue mirando mal a los tipos de su clase.

—Jerry, no entiendo nada de lo que me dices —gruñe Smith.

—Está bien claro, hombre. Bedloe es maricón.

Smith resopla.

—Jerry, ¿de dónde has sacado esa estupidez? —se asombra.

—Me lo han dicho personas que lo saben muy bien, una de ellas, la propia esposa.

—¿La esposa? Tú estás loco, Jerry. El señor Bedloe tiene de maricón lo que yo de republicano.

Le miro fijamente. Smith habla muy en serio. Es demócrata furibundo.

—Pero a mí me dijeron...

—Te tomaron el pelo, hombre. Y más si fue la esposa. ¿Crees que es la única que le pone cuernos al marido y dice que a éste no le gustan las mujeres? Entonces, el amante se siente muy satisfecho, porque él se considera un hombre de veras y a ella la deja muy contenta.

Me hundo en el asiento.

—De modo que no es...

—No, no te lo creas. Mira, cuando puedas, habla con Antonio Cruz. Tenía una fulana y se la birló Bedloe. Bueno, Cruz los encontró en la cama y...

Cruz es uno de los vigilantes armados de la compañía. Smith, por otra parte, no puede tener un interés superior en defender a Bedloe. Es sincero, me digo.

Saco un cigarrillo y me lo pongo en la boca. ¿Por qué me ha engañado Ruth? Pero si hasta Tina me lo dijo...

Entorno los ojos. Empiezo a sospechar algo raro. Procuro recordar todo lo que he hablado con Ruth y Tina. La gorda murió... ¿porque sabía demasiado? ¿Porque quiso sacar más tajada y no se la dieron y, comprendiendo que podía ponerles en un aprieto, decidieron quitarla de en medio?

Mis pensamientos vuelven ahora a Ruth. De pronto, me pongo rígido.

Lo recuerdo perfectamente. El primer día, Ruth me dijo que su esposo tenía una agencia de información o algo por el estilo. Luego

me contó una historia fantástica de una tía, una herencia y un matrimonio por interés. ¿Por qué no me dijo entonces que su esposo trabajaba en la misma empresa?

Nos conocimos al día siguiente del atraco frustrado. Yo iba con frecuencia a aquel restaurante. Tuvieron que haberme seguido muy bien los pasos, para ponerme a Ruth como señuelo.

Empiezo a entender un poco este jaleo. Ha habido diferencias de criterio entre los componentes de la banda. Eso puede explicar la muerte de Coughlin y la de Tina. Quizá Coughlin era inocente, aunque debiese dinero, a causa del juego, y le cargaron las culpas del «chivatazo».

De todos modos, eso importa poco ahora. En este momento, he comprendido que el viaje, aunque sea auténtico, no es sino una trampa.

—Roger —digo, después de unos segundos de intensa reflexión—, creo que deberíamos tomar otro trayecto.

Smith me mira de soslayo.

—No podemos —contesta—. Tenemos una ruta trazada y hemos de seguirla. Además, ¿por qué diablos íbamos a cambiar el itinerario?

—Porque sospecho que nos van a asaltar —declaró.

Smith respinga.

—¡Jerry! No seas agorero...

De súbito, al salir de una curva, vemos un coche que se nos cruza en el camino. Smith pisa el freno a fondo. Si yo hubiera estado en su lugar, lo que habría pisado es el acelerador, desviándome un poco, para apartar de un empujón al coche que nos cierra el paso. Pero ya es tarde.

—Ahí los tienes —exclamo, mientras echo mano a la pistola.

CAPÍTULO XII

Smith lanza un furioso reniego. Un segundo más tarde, otro coche se sitúa detrás de nosotros. La encerrona es perfecta.

Pero los furgones blindados están hechos para resistir un ataque. Incluso disponen de sistema de ventilación, para el caso que los asaltantes empleen gases. En cuanto a las balas, no nos harán nada...

—Pasaré al departamento posterior —digo.

Hay un par de rifles y aspilleras. Podré darles una buena réplica.

—Vamos, Roger.

Smith titubea.

—Jerry...

—No seas gallina, hombre —le apostrofo.

Pero el conductor tiende la mano derecha.

—Mira, Jerry.

En ese momento, veo que salen varias personas del coche. Una de ellas es Iris. Buckie Ewell la sujeta por el brazo derecho con una mano. La otra tiene una pistola encañonada directamente a su sien.

Lanzo un rugido de furia. ¿Cómo han conseguido atrapar a Iris?

Ruth Bedloe aparece también. Ni siquiera ha considerado oportuno disfrazarse.

Ahora, Bedloe y otro individuo aparecen en nuestro campo visual. El segundo sujeto es idéntico a Buckie, salvo por el hecho de que no lleva bigote.

Bedloe hace señas con la mano de que nos apeemos. Luego señala su reloj de pulsera y enseña los cinco dedos.

—Cinco segundos —dice Smith tristemente.

Una bonita encerrona. Si no nos entregamos, matarán a Iris. Saben que no lo consentiré. Lo han planeado perfectamente, infinitamente mejor que en otra ocasión. Quizá, en el anterior atraco, las cosas se le fueron un poco de las manos a los Bedloe.

Ahora han decidido que no pueden fallar.

Un puño golpea con fuerza el motor. Ruddo hace gestos enérgicos.

—Vamos, decídanse o liquidamos a la chica. —Más que oírle, veo los movimientos de sus labios.

—Tenemos que bajarnos, Jerry —lloriquea Smith.

No se le puede reprochar el pánico. Está casado y tiene tres hijos.

—Nos matarán, de todos modos —digo, ceñudo—. Les hemos identificado y no consentirán que testifiquemos ante un tribunal.

Bajo un poco el cristal de mi ventanilla.

—¡Bedloe!

—Tyne, será mejor que se rindan —me contesta—. No tienen escapatoria.

—Alguien vendrá...

Se echa a reír.

—Hay barreras para desviación por otras rutas, debido a obras en esta carretera —dice.

—En Los Ángeles notarán nuestra tardanza...

—Les he avisado que se suspende la conducción del dinero. Naturalmente, después de que salieron del «Trust».

¡Qué tío! Lo ha previsto todo, pienso.

Miro a Buckie. Si pudiera desarmarlo de un tiro... Pero tiene su pistola en la mano y si le hiego, puedo provocar el disparo que quiero evitar.

De pronto, Iris lanza un grito:

—¡No cedas, Jerry!

Buckie la sacude con fuerza.

—¡Cállate, zorra!

La ira me ciega. Estoy a punto de saltar del furgón, pero me contengo.

—Tyne, le doy cinco segundos más —dice Bedloe fríamente—. Empezaré a contar ahora mismo. Y, créame, pasado ese plazo, Buckie apretará el gatillo.

Me cubro la cara con las manos.

—Roger, voy a salir fuera. En cuanto haya salido, cierra todo bien —digo, con una mano sobre la boca.

—No cometas locuras, Jerry...

—Haz lo que te digo.

Me quito la mano.

—Está bien, voy a salir —digo en voz alta.

Es una acción desesperada, lo sé, pero no quiero que esos tipos se salgan con la suya. Y si matan a Iris, yo les mataré a todos, hoy, mañana, dentro de veinte años...

—¡Salga con las manos en alto, Tyne! —ordena Bedloe.

De Smith no se preocupan. Saben que yo soy el único peligroso de los dos.

Lanzo una mirada a Iris. ¿Comprenderá lo que le digo en silencio?

—Roger, pega un buen sirenazo apenas abra la puerta —digo, con la mano en el pestillo.

—Está bien.

Abro con violencia. Salto fuera, mientras a mis espaldas parece que explota la bocina del furgón. Ruedo por el suelo como una pelota. Bedloe aúlla furioso:

—¡Mátala, Buckie, mátala!

Pero, en el mismo instante, Iris se agacha y clava su tacón en el pie de Buckie, que empieza a saltar y blasfemar obscenamente. Luego se tira al suelo y rueda sobre sí misma, metiéndose bajo el automóvil. Cuando Buckie reacciona, ya no la encuentra.

Ruth retrocede, empavorecida. Ruddo dispara contra mí. Tiro a la cabeza. Veo saltar huesos y trozos de pelo por los aires. Bedloe echa a correr para refugiarse al otro lado del furgón. Buckie se tira al suelo para disparar contra Iris, pero le envío un par de balas, que le hacen escapar más que aprisa. Yo me levanto un poco, corro, alcanzo un matorral, salto acrobáticamente y paso al otro lado.

Bedloe dispara contra mí. Le envío una píldora y alcanzo su brazo izquierdo, haciéndole dar una vuelta en redondo. Ruth chilla:

—¡Tenemos que escapar, Matt!

La veo correr hacia el coche situado a la cola del furgón. Disparo una vez. La rueda delantera derecha explota sonoramente. Ya no podrán utilizar ese automóvil.

Abandono el matorral y corro en zigzag. Alcanzo el otro coche. Me asomo. Disparo una vez contra Buckie y le hago dar un salto. Pero no le he herido.

—Iris, ¿estás bien? —pregunto.

—Sí, aunque tengo un poco de miedo...

—Es para tenerlo —contesto—. Sal de ahí y sitúate a mi lado. Si se tumban, te herirán.

—De acuerdo, Jerry.

Mientras hablamos, he recargado el revólver. Veo a Ruth, que atiende a su esposo. Buckie está al otro lado de la carretera, oculto a medias tras unos arbustos, con la pistola en la mano. Despatarrado, con los brazos y las piernas en cruz, Ruddo yace bajo el sol tórrido. El suelo está manchado de sangre que brilla.

—Jerry, hagamos un trato —grita Bedloe de pronto.

—No hay tratos —contesto.

Después de esto, sobreviene un denso silencio.

El sol aprieta de firme. Ya hay moscas zumbando sobre el cadáver de Ruddo Ewell. Yo vigilo atentamente a mis antagonistas. Resulta evidente que no pasará nadie por aquí ni en Los Ángeles, todavía muy lejos, nos esperan tampoco. Si nos esperasen y se observase retraso, la radio haría entrar en acción a las patrullas de caminos. Pero no hay que contar con ese recurso.

—¿Cómo has llegado aquí, Iris? —pregunto.

—Creí que me llamabas —responde ella tristemente—. Estaba en casa y recibí una llamada tuya... Luego he sabido que no eras tú, a pesar de que, para confirmarla, llamé a tu casa a los pocos momentos. No eres tú el único que sabe imitar las voces de los otros, Jerry.

Sí, eso explica la estancia de un desconocido en mi casa, sabiendo que no iba a acudir a sorprenderle, mientras llevaba dinero de un lado a otro. Debí de hacerlo alguno de los gemelos.

—Bien, pero ¿por qué razón iba a llamarte? —le pregunto.

—Dijiste que tenías un buen empleo otra vez en el circo y que querías como *partenaire*. No me lo pensé dos veces... salvo para comprobar que no se trataba de una broma de mal gusto. Y como tú contestaste cuando yo llamé desde casa, lo creí sinceramente.

—Y ellos te sorprendieron...

—Claro, anuncié el día y la hora de llegada.

—¿Quién lo hizo, Iris?

—Ése, el muerto —señala con un leve movimiento de cabeza.

—Sí, a su hermano le gustan los grandes bigotes y esto marca

mucho a las personas. Te habrán tenido en alguna parte, supongo.

—En la misma casa en que murió Artie.

—Lo dejaron morir como a un perro —digo—. Claro que también sucede que hubo falta de coordinación entre ellos o, quizá, lo que podría llamarse una pequeña rebelión.

—No entiendo...

—Ya te lo explicaré.

Bedloe deja oír su voz de nuevo.

—Tyne, le propongo un trato —dice—. Tome ese coche y a su chica y márchese. Smith puede irse con ustedes.

—No hay tratos —repito.

—Entonces, escuche lo que voy a hacer: ahora incendiaré el coche que está detrás del furgón. Smith saldrá huyendo, para no quemarse. A nosotros, nos dará tiempo de apartar el furgón unos metros. Desde donde está; no puede hacernos ningún daño.

—Bedloe, ¿qué tal le sentó no haber encontrado mi revólver? —pregunto.

—¿Dónde diablos lo tenía escondido? No pudimos encontrarlo...

—Ése es un secretito que no comunicaré a nadie —digo alegremente—. ¿Fue usted el que apuñaló a Tina?

—Lo hizo Ruddo.

—Y su hermano me sorprendió en casa y quiso echarme la culpa, ¿no?

—Tina nos había traicionado.

—Sí, claro. ¿Dice lo mismo de Barth? Era usted el que le daba órdenes por teléfono, ¿verdad?

—Eso no tiene importancia ahora. Bueno, usted ya ha rescatado a su chica. Pero queda Smith.

Prefiero no contestar. Con el rabillo del ojo, veo que Buckie está en el mismo sitio. Creo oír un ruido extraño y me tiro al suelo.

Por debajo de los vehículos, veo pies que se mueven hacia la cola del otro coche. Apunto con cuidado y disparo.

Suena un terrible alarido. Ruth se desploma, con un tobillo destrozado. Bedloe lanza un atroz juramento.

—¡Buckie, mátalo! —grita.

Me incorporo rápidamente y envío dos balas hacia el sitio en que está el bigotudo. Buckie, sobresaltado, escapa. Pero, de repente, un rifle truena en el costado izquierdo del furgón.

Buckie salta convulsivamente. Otro proyectil le alcanza en el pecho y le hace girar sobre sí mismo. Luego se desploma entre las hierbas.

—¡Bravo, Roger! —grito.

Al fin, mi conductor ha vencido su desfallecimiento y ha comprendido que debía ayudarme. Ahora, Bedloe solo y además, herido, debe enfrentarse con dos hombres armados.

—Matt, tire su pistola y salga con los brazos en alto —ordeno.

Ruth, en el suelo, chilla desesperadamente, pidiendo un médico. Bedloe la increpa y le pide que se calle. Pero ella no puede, debe de sentir un dolor terrible.

De súbito, Bedloe parece perder toda su presencia de ánimo y echa a correr desesperadamente. El brazo izquierdo le cuelga y oscila en su desaforada carrera. Smith le dispara por una de las mirillas traseras, pero la bala sólo levanta una nubecilla de polvo entre los pies del fugitivo.

—¡Déjalo —grito—; no podrá ir muy lejos!

En el mismo instante, se oye el alarido de una sirena policial. Bedloe vacila un poco. Un coche blanco y negro surge de la curva. El conductor ve al hombre parado en medio del camino y trata de virar, pero ya es tarde. La aleta delantera izquierda golpea a Bedloe en un costado y lo lanza por los aires, hacia atrás, como si él mismo saltase con tremenda potencia, piernas y brazos abiertos en trágica aspa. Cae al suelo, rebota, da un par de volteretas y se queda inmóvil, como un pelele desprovisto repentinamente de los hilos que lo mantenían erguido.

El conductor del coche de patrulla consigue dominar su coche. El y su compañero se apean. Estupefactos, contemplan el cuadro. Uno de ellos corre hacia Bedloe.

—Maldito estúpido —grita—. ¿Por qué tuvo que ponerse en medio?

—Quería escapar y había enloquecido —digo serenamente al otro policía.

Ruth se queja a grito pelado y pide un médico. Uno de los policías trae un botiquín de urgencia y empieza a hacerle una primera cura. Su compañero está usando la radio para llamar a una ambulancia. Smith ha abandonado ya el furgón.

Luego, el conductor viene hacia nosotros. Lanza una mirada

hacia los dos hermanos.

—Están muertos —le digo—. Pero ¿cómo han llegado tan oportunamente?

—Nos llamó un camionero amigo, para protestar del cierre de la carretera por obras, sin previo aviso —explica el agente—. Nosotros tampoco teníamos noticias de esas supuestas reparaciones, así que apartamos la barrera y empezamos el recorrido. Luego oímos disparos... Pero ¿por qué querían robar una furgoneta comercial?

—El rótulo es un disfraz. Ahí dentro hay dos millones —contesto.

—¡Jesús! —resopla el policía. Luego menea la cabeza—. Les salió mal el plan. Condenadamente mal —digo, mientras paso el brazo por los hombros de Iris.

Todo ha terminado ya. Iris viene a verme a mi casa en la tarde del día siguiente.

—Bedloe estaba preparando el gran golpe, pero algunos de sus subordinados demostraron un exceso de iniciativas, como lo prueba el primer asalto y lo que sucedió después. A él le interesaba el transporte de los dos millones. Incluso tenía una avioneta preparada, para pasar la frontera —declaro.

—Tú se lo hiciste fracasar —sonríe Iris.

—Pasé mucho miedo cuando Buckie te apuntaba con ta pistola.

—Yo sabía que no te estarías quieto. Me preparé para hacer algo, apenas viese que te movías. Ellos no te conocían bien, Jerry.

Es una frase que me encanta. Tiene mucho significado.

—Te vuelves a Montana, supongo —digo.

—Y tú, ¿seguirás en el empleo?

—Me han propuesto para un ascenso. Pero esta mañana me llamó el *manager* del Ringling. Ha leído los periódicos. Me ha hecho una magnífica oferta, mucho mejor que la del Colorado Circus.

—Habrás aceptado, supongo.

—Le he pedido un plazo para darle una respuesta. No puedo aceptar sin una *partenaire* de confianza. Tendré que buscar a una chica y entrenarla...

—¡No busques a nadie! —Exclama Iris con vehemencia—. Me tienes a mí, ¿verdad?

Hago una mueca.

—En el Ringling hay tipos muy guapos —digo.

Iris se pone colorada hasta las orejas.

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse —contesta.

—Eso es muy cierto.

—Pero no volveré a equivocarme por segunda vez.

—Muy segura estás de ello, Iris.

Ella se acerca hasta rozarme con el pecho.

—Tú puedes ayudarme, Jerry —dice, con los ojos muy húmedos.

Procuro mantenerme sereno.

—Si vienes conmigo, volverás a la vida errante... el traje de poquísima tela y muchas lantejuelas, los aplausos también, claro...

—Y tú —dice cálidamente—. Jerry, ahora he abierto los ojos.

—¿Seguro?

Me echa los brazos al cuello.

—No tengo la menor duda —contesto.

Nuestras bocas se juntan. Es nuestro primer beso. Yo me siento entre nubes. Iris es mi chica... lo será para siempre. Me separo un poco, la miro y sonrío.

—Estoy soñando —suspiro.

—No, no, es la realidad. Ella se aprieta contra mí y apoya su cabeza en mi pecho. —Y si esto es un sueño— agrega, —que dure toda la vida.

No cabe la menor duda, pienso: durará toda la vida.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

